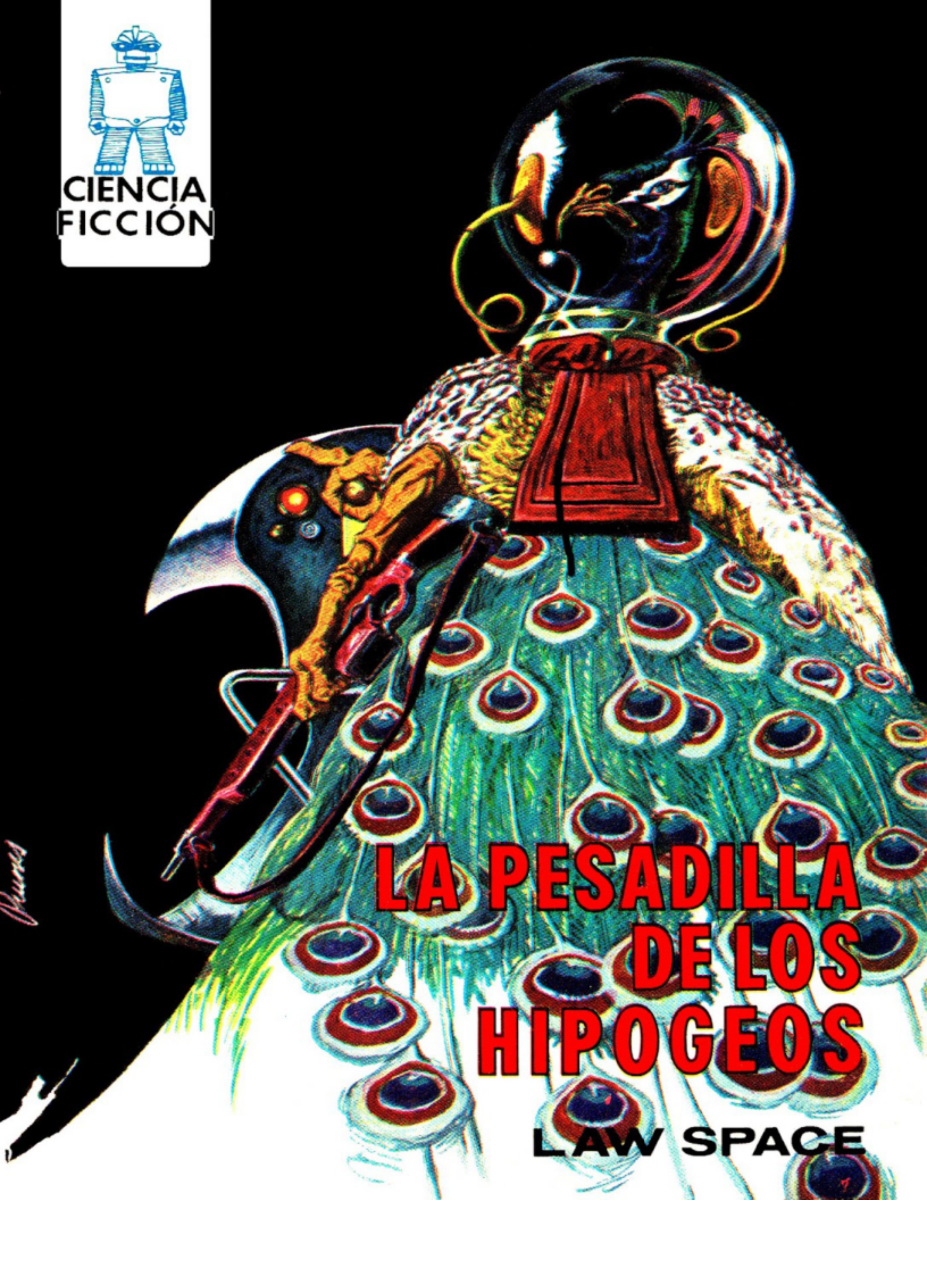

CIENCIA
FICCIÓN
LA PESADILLA
DE LOS
HIPOGEOS
LAW SPACE

LAW SPACE
LA PESADILLA DE LOS HIPOGEOS

CAPÍTULO PRIMERO

En lo alto del salvaje acantilado, Tarük se detuvo y frunciendo su poblado entrecejo, lanzó una prolongada mirada hacia el fondo vertiginoso y cortado casi a pico.

Tarük ensanchó su piloso y poderoso tórax, haciendo resaltar el macizo grupo de músculos que se tensaron bajo su piel oscura; una piel que recibía el sol, el frío y solamente el agua de la lluvia... Porque Tarük, jefe de clan, vivía en el Alba del Tiempo, cuando todavía la Tierra gemía luchando por encontrar un equilibrio estable en el caos de un sistema que no hacía mucho que había nacido.

El Hombre y la Tierra eran jóvenes. Tarük y los suyos, como otros que, en grupos, familias y clanes, debían extenderse, sin conocerse, en puntos no distantes de allí, apenas tres o cuatro centenares de kilómetros, pero que, sin embargo, Tarük y los suyos no atravesarían jamás.

Moverse, salir de aquella honda grieta de piedra, de aquella fisura a cuyas horribles profundidades apenas si llegaba el sol en el cénit, era escapar locamente a una seguridad que el Hombre primitivo ya había aprendido a conocer.

Tarük, mientras miraba a los suyos, que se movían como lagartos por entre los salientes de las paredes de la grieta, pensaba en todo aquello, porque él, el jefe, el más fuerte y audaz, debía pensar en su gente para proporcionarles el alimento que, en aquellos tiempos en que el frío glacial había empezado de nuevo a llegar, faltaba casi por completo.

Muchos de los animales, fácilmente cazables y que habían constituido el alimento del clan, habían desaparecido misteriosamente con los primeros fríos, dejando paso a los grandes mamíferos cubiertos de pelo, a los espantosos mamuts, cuya cacería resultaba siempre sangrienta por ambas partes.

Tarük, al rememorar aquellos tiempos, sonrió ampliamente. Pensó en los lagartos, de carne deliciosa, en las negras serpientes que solían esconderse entre las grietas, en las ratas saltarinas, con largas orejas y ojos eternamente estúpidos, en los perros que se dejaban cazar y domesticar, pero que habían sido devorados finalmente por los hambrientos niños del clan.

Tarük, el hombre del Paleolítico inferior, levantó la greñuda cabeza y miró al cielo que, de color de plomo, dejaba desfilar largas manchas de nubes. De pequeño, cuando su padre le llevaba de la mano, Tarük, al mirar una vez a las

nubes, las había tomado por gigantescas garras y había gritado de terror al ver cómo aprisionaban el pico de una montaña que, de repente, pareció desaparecer por completo ante sus ojos como si, en efecto, las pardas garras la hubiesen cogido para devorarla ávidamente.

Su padre le explicó que aquellas masas no eran más que grandes animales, la mayor parte del tiempo completamente inofensivas y que sólo cuando se las enfurecía, lanzaban sordos rugidos y escupían un fuego mortal sobre la tierra...

Abandonó súbitamente los recuerdos para volver a enfrentarse con el grave problema que le planteaba la escasez de caza.

Sólo había una solución.

No tenía más remedio que obligar a su clan a abandonar la segura grieta y empezar a moverse hacia nuevas tierras, en busca de los mamuts, cuyas gigantescas huellas acababa de descubrir más al norte.

Empezó a descender, con una agilidad verdaderamente simiesca, por el peligroso acantilado, lanzándose de roca en roca con una seguridad extraordinaria.

Diez minutos más tarde, al llegar a la plataforma donde su pueblo vivía desde hacía muchas lunas, lanzó el acostumbrado grito de aviso:

— ¡Hukk!

Los hombres corrieron hacia él para saludarle, y las mujeres, como los demás, cubiertas de pieles de animales y con los cuerpos ennegrecidos por la suciedad, admiraron la llegada de su jefe, del fuerte e invencible Tarük, que volvía, después de una larga ausencia, portador de noticias que interesaban vivamente a los hambrientos estómagos de su clan.

Tarük se hizo acompañar hacia su gruta, donde Duima, su más joven esposa, y Aluk, su hijo preferido, le esperaban guardando celosamente el último trozo de rata que quedaba, ante la ansiosa mirada de las otras mujeres y de los hijos que habían dado al jefe.

Sin parecer interesarse por lo que le rodeaba, Tarük se sentó sobre las pieles y devoró, con una patente satisfacción, el trozo de carne negruzca que le habían reservado.

No había probado bocado desde hacía tres días y de no ser por la maravillosa fortaleza de su cuerpo, por aquella potencia muscular y aquella resistencia, casi animal, al frío y al hambre, hubiese quedado muerto entre los hielos, cuyo espesor no hacía más que crecer cada día.

Hombres, mujeres y niños miraron, con la envidia retratada en el rostro, la forma en que el jefe comía el trozo negruzco de carne. Hasta movían las mandíbulas al ritmo que él lo hacía y tragaban glotonamente saliva, mientras él tragaba un pedazo de carne que previamente había desgarrado con sus agudos dientes.

De haber podido, de haber sido capaces, cualquiera de ellos se hubiera lanzado contra Tarük, y, arrebatándole el trozo de carne, lo hubiese matado simplemente, continuando en su lugar, cómodamente sentado sobre las pieles

y devorando aquel trozo de sabrosa carne.
Pero, de haberlo podido hacer, después de lo poco probable que hubiese sido vencer al formidable Tarük, hubieran debido luchar contra Aluk, su hijo preferido que, a pesar de su corta edad, apenas quince años, poseía un cuerpo que no podía negar su origen.
Al final de la comida, Tarük se divirtió unos instantes lanzando los trozos de hueso al rincón de la gruta donde los niños y los perros entablaron una furiosa pelea por su posesión. Cuando el silencio se hizo de nuevo, el jefe del clan miró de hito en hito a los varones que le rodeaban.
— ¡Vamos a partir! ¡Lejos! ¡Hacia el norte! ¡He descubierto huellas de mamuts, en gran cantidad!
Todos gritaron a su vez, expresando la salvaje alegría que les causaba aquellas excelentes noticias.
— ¡Seguiremos el barranco! ¡Arriba, en lo alto, elfrío nos mataría y los elefantes huirían al vernos en grupo! ¡Cuando los veamos, saldremos de las grietas para cazarlos! ¡Saciaremos nuestra Hambre! ¡Tendremos pieles para vestirnos! ¡Esto ordeno yo, Tarük! ¡El Invencible! ¡Vuestro Jefe!
Nuevos gritos aclamaron la decisión del jefe.
— ¡Preparaos en seguida! ¡Saldremos ahora mismo! ¡Guerreros y jóvenes irán en cabeza! ¡Mujeres y niños detrás!
Media hora más tarde, el clan se ponía en marcha.
Nadie se preocupó por los ancianos, los inválidos y los enfermos. En aquellos tiempos en que la humanidad estaba expuesta a las más crudas luchas contra la naturaleza, la piedad y el sacrificio no se daban más que asociados al más sublime de los sentimientos: la maternidad.
Las mujeres, cargadas con los hijos pequeños, con las pieles y otros objetos, casi todos de piedra, ya que eran ellas las encargadas de llevar la reserva de hachas de sílex de sus hombres.
Tulma, la más vieja de las mujeres de Tarük, cargada con un niño de corta edad y casi arrastrando a su anciano padre, un esqueleto cubierto de pieles, hizo lo imposible por no quedarse demasiado atrás; pero, al percatarse de que no lo lograba, soltó la mano del anciano, aumentando el paso hasta correr.
Durante mucho rato, oyó los gritos del viejo que le reclamaba, rogándole unas veces para que volviese, insultándole las más...
Tulma se mordió los labios, pero no se detuvo un solo instante. El clan se alejaba y con él la esperanza feroz de una vida, la posibilidad de seguir comiendo. Y oprimiendo entre sus fuertes brazos a su hijo, la mujer del Alba del Tiempo demostró que, como siempre, la vida se ofrecía con mayor generosidad a los pequeños que a los que ya dormían casi el eterno sueño de

la muerte.

* * *

El clan caminó arduamente, por la encrucijada de las grietas, durante muchos días.

El frío no cesaba de aumentar y algunos pequeños habían muerto en brazos de sus madres que, cubiertas de pieles, hermosamente obstinadas, esperaban cuanto podían esperar para convencerse de que sus retoños no se habían adormecido profundamente; sin perder la esperanza de que despertasen en el momento más inesperado.

Entretanto, los hombres seguían al jefe, magnífico como siempre, fuerte como un oso y listo como un lince, ya que era casi siempre él quien descurta las pocas presas que los hambrientos miembros del clan podían llevarse a la boca en aquellas extenuantes jornadas.

Las noches eran tremendamente dolorosas y debían ocultarse en lo más profundo de las grietas para buscar un poco de calor que parecía haber desaparecido para siempre de la superficie del Globo.

Seguía nevando y un viento cortante venía incesantemente del norte, levantando oleadas de nieve, que envolvían a aquellas criaturas que ya empezaban a perder toda esperanza de vida.

Hacia el octavo día de marcha, cuando la desesperación estaba pintada en los rostros, cuando algunas mujeres escupían sangre constantemente; **cuando el núme**ro de niños helados había dejado **casi totalmente sin** pequeños al clan, Tarük ordenó a **sus guerreros que** abandonasen la grieta, dejando allí **el resto de la tribu** y ascendió, en su compañía, hacia la **helada superficie,** no tardaron en encontrar las **gigantescas huellas de los** proboscidios.

— ¡Mamuts! —gritó el jefe —. ¡Comida! ¡Carne!

¡Pieles!

Saltaron todos de alegría, y Tarük ordenó inmediatamente que fuesen a llamar al resto del clan, que se puso en marcha, caninamente, siguiendo las recientes y frescas huellas de los animales.

Los elefantes parecían haber tomado un camino que bordeaba la amplia grieta que se alejaba hacia el norte. Las huellas se hacían cada vez más recientes y los hombres del clan, que marchaban a la cabeza de su gente, junto a Tarük, apretaron el paso, cerrando sus escuálidos puños sobre el cortante borde de las hachas que habían tallado a golpes hacía mucho tiempo.

Se hallaba el horizonte cubierto de una densa neblina que, de vez en cuando, se entreabría, desgarrándose; entonces, los jirones parecían colgar desde invisibles y altas paredes que se movían con el viento.

La escena era verdaderamente fantasmagórica, ciertamente increíble...

En primer término, avanzando entre la neblina, las huestes de Tarük. Al fondo, entre la bruma, las negras y monstruosas gibas peludas de los colosales proboscidios.

¡Porque los mamuts estaban allí; a menos de cien metros del lugar donde se hallaban los hombres!

El aire, soplando en su contra, había impedido aTarük y los suyos que percibiesen el conocido y temido olor de los mamuts; por el contrario, los mastodontes habían percibido el olor odioso de sus enemigos; aquella minúscula y desnuda criatura que se atrevía a atacarlos en los momentos más inesperados, lanzando aquellos objetos pequeños que, sin embargo, causaban un dolor muy agudo.

Dambor, el jefe de la manada, formada por más de dos docenas de machos, entre adultos y jóvenes, y un centenar de pequeños y hembras, levantó la trompa al aire, aspiró el viento que le llegaba y su ojo, su único ojo —ya que una de aquellas asquerosas criaturas le había saltado uno con su hacha de sílex — brilló coléricamente.

Hacía tiempo, mucho tiempo que Dambor deseaba vengarse de aquella afrenta. Su memoria, tan potente como la que tendrían sus lejanos descendientes, los elefantes, que seguirían poblando los trópicos del futuro, no había olvidado la forma y la manera ridícula de correr que tenían sus enemigos y ansiaba, más que nada, saber de qué arteria estaban hechos, cuando los estrujase con su poderosa trompa, los estrellase contra sus retorcidos e inútiles colmillos o los aplastase, desmenuzándolos contra el helado y duro suelo, con sus tremendas patas.

Lanzando un grito débil, de forma que los hombres no lo percibiesen, Dambor hizo que algunos de los machos alejasen a las hembras y pequeños hacia atrás. Deseaba tener el campo abierto y evitar, fuese como fuese, que atacasen a los débiles de su manada.

Luego, con una conciencia formidable del deber, se puso a la cabeza de sus luchadores y lanzando al aire el terrible grito de guerra de la manada, avanzó aplastando el suelo y dejando en su pos grandes hoyos, donde cabría una de aquellas criaturas y que no eran más que las huellas de sus colosales patas.

Tarük y los suyos, al oír el trompetazo del mamut, se detuvieron sintiendo que la sangre se les helaba en las venas; pero, a pesar de la velocidad de la reacción, ya que retrocedieron vivamente, la manada surgió ante ellos como un fantástico grupo de montañas peludas, cuyos rugidos y pisadas estremecían la tierra.

Ni Tarük ni los suyos eran cobardes. Tampoco temían a la muerte. Sabían solamente que se parecía extraordinariamente al sueño y que los que caían en él, lo hacían para siempre, quedando fríos, rígidos, mudos a súplicas y amenazas, sin dolor ante cualquier suplicio y que luego, más tarde, se descomponían, hediendo de tal modo que lo mejor era enterrarlos lo más profundamente posible.

Al ver surgir de la neblina a los mamuts, los hombres se replegaron pero, al percatarse de que sus mujeres y niños .estaban demasiado cerca y demasiado cargados para huir lo velozmente que se necesitaba hacerlo, formaron un círculo, decididos, dispuestos a defenderse al mismo tiempo que conseguían carne que devorar; aunque fuese la última cosa que hiciesen.

Mucho antes de que los colosales animales llegasen hasta ellos, los hombres

empezaron a lanzar sus hachas de piedra tallada. Las finas y cortantes aristas de sílex se abrían sangrientos caminos en el cuerpo de los mastodontes.
— ¡A los ojos! —gritó Tarük.
Más certeros, los segundos proyectiles golpearon magistralmente dirigidos, en los grandes ojos abiertos de los mamuts. Cuatro de ellos, con la masa viscosa de su globo ocular fuera de órbita,se detuvieron **y** levantando al aire su retorcida trompa, lanzaron un salvaje **tr**o**mp**etazo de dolor.
Dembor, que conocía las artimañas de aquellas despreciables criaturas, avanzó defendiéndose con la trompa, que llevaba erguida y moviéndola sin cesar, de un lado para otro, sobre su ojo válido, defendiéndolo de los traidores proyectiles pétreos que los hombres le lanzaban.
Así, mientras muchos de sus compañeros gritaban de dolor, el jefe de la manada, que había descrito una ligera curva, se lanzó decididamente sobre las hembras y pequeños de sus enemigos.
¡Jamás había gozado tan intensamente!
Supo, al fin, al contacto con la materia de que estaban formados aquellos despreciables seres, percatarse de su fragilidad, de su asombrosa fragilidad que no explicaba aquella actitud valiente y decidida contra fuerzas mucho más superiores y terribles que las que ofrecían sus pobres miembros...
Dambor gozaba destruyendo, destrozando, aplastando, pisoteando, desgarrando y reduciendo, a una papilla rojiza a sus enemigos.
Fue entonces cuando Tarük le vio.
El Jefe de los Hombres corrió al encuentro del jefe de los Monstruos y, durante un par de interminables minutos, ambos, hombre y coloso, se miraron con odio, como si se midiesen, antes de lanzarse el uno contra el otro con la seguridad que uno de ellos debería quedar tendido para siempre sobre la helada tierra.
Más impaciente que el hombre, el mamut se lanzó el primero.
A Tarük le pareció que el suelo empezaba a temblarcomo si se tratase de un terremoto. El mastodonte, con la cabeza baja, avanzaba, con su masa de quince toneladas, contra la frágil y diminuta silueta del hombre que, a pesar de todo, no se habla movido ni un milímetro del lugar que ocupaba.
Tarük tenía un hacha de sílex en cada mano.
Para desgracia del mamut, la cólera le hizo olvidar la prudente posición de su trompa durante la marcha. El hombre supo aprovechar plenamente aquella favorable circunstancia y, sin dudarlo más, lanzó su primer proyectil que, con una precisión formidable, deshizo materialmente el único ojo que hubiese podido guiar al mamut hasta su minúscula presa.
Dambor lanzó un gemido de dolor en el que anunciaba su derrota.
Tarük y los suyos vieron a todos los otros mastodontes detenerse, mirar estúpidamente al jefe de la manada y volver grupas, retirándose de una lucha en la que ya, sin ayuda de su tremendo macho, que bramaba ciego, les esperaba una retirada.
Fue entonces cuando los supervivientes del clan de Tarük se lanzaron sobre

los animales muertos, esgrimiendo sus hachas para despedazarlos, cuando la grieta, brutalmente, se abrió hasta alcanzar una amplitud terrorífica.
Animales y hombres cayeron en una profundidad sin fin.
Sin embargo, cuando horas más tarde Tarük salió del marasmo en el que le había hundido el golpe, se percató, mientras disminuía la luz de una pequeña abertura que había quedado en lo alto, que se hallaba, junto a los suyos, en el blando suelo de la nieve, rodeadode los cadáveres de los mamuts que habían matado en la lucha.
Dos días duró aquella luz y durante aquel corto tiempo, hombres, niños y mujeres, fueron despertando del letargo y empezando a devorar sus enormes reservas de carne, repusieron sus casi aniquiladas fuerzas.
Dos días que bastaron para que Tarük y los suyos se diesen cuenta de que jamás saldrían a la superficie de la tierra. Luego, cuando se convencieron de la inutilidad de todos sus esfuerzos, empezaron a explorar las grutas que tenían al lado y encontrando un agradable calor, se hundieron más y más en sus profundidades.
Fuera, en la caverna donde yacían los primeros esqueletos de los mastodontes, LA OSCURIDAD SE HABIA HECHO PARA SIEMPRE.

CAPÍTULO II

—¡No, no puedo aceptar su proyecto, profesor Dumont!

Chandal Lenoir, el ayudante del profesor, entornó los ojos evitando, por milagro, que la sonrisa que le tentaba apareciese en sus labios.

Se lo había dicho, antes de entrar en el superdespacho de Correman; se lo había dicho y repetido, hasta la saciedad, intentando convencer al viejo e iluso profesor Dumont que un hombre como Correman no se dejaría entusiasmar, ni mucho menos, por las manías investigatorias de un espeleólogo, por muy grande que fuese su fama.

—¿Qué podía importar a Correman, el mayor fabricante de armas de toda América, el cerebro creador de todas las máquinas de destrucción posible, lo que pasase en el fondo de la tierra, en las cavernas y grutas inexploradas, en las cascadas subterráneas, en las maravillosas regiones del subsuelo?

Si el profesor le hubiese llevado la posibilidad de crear un arma nueva, la más potente del mundo, el libro de cheques de Correman se hubiese abierto, en toda su tremenda longitud de ceros, para colmar al investigador de lo que suele necesitar más que ciencia... dinero.

Pero, por desgracia y, además, por regla general, el dinero suele alejarse de la inteligencia como de algo apestoso; quizá porque desee ser dilapidado en ciertos sitios en los que jamás pondría los pies un verdadero hombre de ciencia.

El profesor volvió a implorar.

—Pero, señor Correman.

El supermillonario lanzó una mirada, nada distraída, al reloj.

Aquello irritó al joven ayudante que, sin medir sus palabras;

—Vamos, profesor, por favor, salgamos de aquí. Puede ser que Tupplerman nos extienda un cheque ilimitado en el momento que le hablemos del «geoncio».

Correman miró con interés al enfadado ayudante:

—Un momento, ¿tiene usted la amabilidad de repetir, despacio, la última palabra que ha dicho?

Chandal se permitió dirigirle una mirada de desprecio:

—He dicho «geoncio».

—Algo he oído hablar de eso, pero no lo bastante para comprender el significado. Creo que se trataba de un

mineral... ¿no es así?

— Sí, el «geoncio» es el mineral más radiactivo que se conoce en el mundo. Solamente que no es posible encontrarlo en grandes cantidades más a cierta profundidad... y sólo en determinados lugares.

El profesor, rojo como la grana, se volvió hacia su impetuoso ayudante:

— ¡Lenoir —gritó con voz alterada—, le prohíbo absolutamente decir más...!

Pero Correman le interrumpió con gesto brusco:

Y volviéndose a Chandal:

— Así que ese «geoncio» posee propiedades radiactivas extraordinarias. ¿Cómo cuánto?

— Un millón de veces más que cualquier otro radioelemento conocido.

— Lo que quiere decir, en comparación a los que poseemos...

— ...Que un miligramo de «geoncio» sería más potente que una tonelada de uranio, por ejemplo.

Correman lanzó un silbido de admiración; luego, con una arruga en el entrecejo, que demostraba sus dudas, se volvió al profesor.

— Usted, doctor Dumont, ¿cree eso posible?

— ¿El poder del «geoncio»? Absolutamente cierto, señor; pero...

— ¡Déjese de peros! ¿Cuánto decía usted necesitar para esa alocada expedición?

Los ojos del profesor se abrieron desmesuradamente.

— Pero... ¿va a ayudarnos usted, señor Correman?

El supermillonario tuvo un gesto de fastidiosaimpaciencia.

— Le he preguntado una cifra, profesor.

— Comprendo... —balbuceó Pierre Dumont—. Creo que con...

Dudaba visiblemente, cogido en el cepo de su exagerada honradez, y Chandal, interviniendo:

— Un millón de dólares, míster Correman

El profesor lanzó una mirada de terror a su ayudante:

— ¡Lenoir, eso es tremendamente exagerado!

No se preocupe, profesor —intervino el millonario—. Creo que un millón de

dólares es una cantidad aproximada a lo que yo había calculado.

Sacó el libro de cheques y lo rellenó con la manonerviosa; luego, mientras lo secaba, pareciendo que se abanicaba con él.

— Hay, naturalmente, dos condiciones «sine qua non».

— ¿Cuáles son? —inquirió Chandal.

— Las siguiente: Primera, una o dos personas de mi absoluta confianza les acompañarán; segunda, todo el «geoncio» que consigan pasará a ser de mi propiedad, así como los yacimientos... —sonrió—. Naturalmente, que, con una satisfactoria participación en el negocio para usted, también soy agradecido.

— Yo... —intentó decir el profesor.

— De acuerdo, señor Correman —se apresuró a responder Chandal.

Cuando el cheque pasó a manos de Dumont se levantaron y después de estrechar la húmeda y fláccida diestra que el millonario les tendía, salieron de la estancia, dirigiéndose hacia los ascensores.

Durante todo el tiempo que duró el trayecto hasta que se hallaron en la calle, el profesor permaneció en un obstinado silencio, con la cabeza baja, el mentón tocando la seda de su corbata y el entrecejo hondamente fruncido.

Chandal, en cambio, avanzaba sonriente, con el tórax hacia fuera, y una sonrisa de triunfo en los labios.

Sólo cuando estuvieron sentados en el coche y el joven puso el vehículo en marcha, alejándose velozmente del fabuloso edificio de Correman, el profesor se volvió hacia él y con voz dura:

— ¿Por qué ha mentido usted de esa manera descarada, «señor» Lenoir?

Cuando el profesor colocaba ante el nombre de su ayudante la palabra «señor», podía afirmarse sin temora equivocarse, que las cosas no iban a desarrollarse fácilmente.

Pero Chandal era demasiado feliz para adoptar una postura trágica; prefería, por el contrario, tomar la cosa lo menos seriamente posible.

Así, sin que la sonrisa abandonase sus labios;

— Profesor: nuestro objetivo era conseguir, fuese como fuese, el dinero para esa expedición en la que tantas ilusiones tenemos puesta. Respecto al «geoncio», bien es verdad que ignoramos, por completo, si se halla en

cantidad interesante para el señor Correman en las profundidades de la Tierra; pero también es verdad que en nuestro último viaje al subsuelo encontramos indicios...

— ¡Indicios! —gritó el profesor, montando en cólera—. ¡Nunca ha expresado usted mejor la verdad, «señor» Lenoir! ¡Indicios! Indicios tan leves, que hubimos de utilizar el supermicroscopio para convencernos de que habíamos hallado cantidades infinitesimales de ese raro mineral.

Chandal frunció el entrecejo:

— Eso es verdad, profesor; pero nadie podrá negarnos que hemos sido los que hemos encontrado la mayor porción de «geoncio» conocida.

— ¡Una cienmillonésima de gramo!

— También es verdad, profesor; ¿por dónde ha sido hallada esa pequeñísima cantidad? ¿En las nubes? ¡No! ¡A trescientos y pico de metros de profundidad! En un lugar donde solamente nos hemos atrevido a explorar la entrada. Allí, en aquella sima que usted y yo conocemos y a la que nos hemos asomado más de una vez, con una emoción que apenas podíamos resistir; en lo hondo de aquella tremenda sima, que se hunde hasta muchos kilómetros de profundidad...

¿Quién puede demostrarme que no se hallan yacimientos tremendos de «geoncio», entre otras mil cosas igualmente interesantes?

El profesor entornó los ojos, como si a través del parabrisas pudiese ver aquella oscuridad escalofriante que ofrecía la brecha «Vulcano» —así la habían bautizado—, y que parecía ser el camino más directo para llegar hasta donde jamás había soñado llegar hombre alguno...

— Puede que tenga usted razón. Lenoir... pero...

Chandal suspiró satisfecho al darse cuenta de quehabía desaparecido el «señor».

— No, nadie puede decir «sí» o «no»

categóricamente en esta cuestión, profesor. Lo importante es que nuestro más grande sueño va a convertirse en realidad. En cuando tengamos dispuesto el material y formados los equipos, podremos empezar el descenso, ¿no le parece?

— Sí, Lenoir. Sólo cuando haya puesto los pies en el fondo de «Vulcano» respiraré satisfecho. Muchos problemas se resolverán si tenemos solamente un poco de suerte.

* * *

La muchacha que saltó de la cabina era alta, esbelta, de mirada enérgica y una luz dominadora en sus pupilas azules.

Nada más bajar del avión, se quitó el casco de piloto, echándoselo atrás y dejando al aire su bella cabellera rubia; encendió luego un pitillo y empezó a andar hacia la cúpula del edificio, donde estaba situado elascensor principal y particular, que solamente empleaban ella y su padre.

Momentos más tarde, penetraba en el despacho de Correman, que recibió, con una sonrisa satisfecha, el beso ultrarrápido que la joven posó en su frente.

— ¿Cómo ha ido tu paseo, Doris?

— Bien, papá. Pero ese modelo no es tan rápido como afirmaba el ingeniero.

El millonario la miró con inquietud.

— ¿Que no es rápido? ¿Qué es entonces lo que necesitas?

— Nada... por ahora. Voy a dejar de volar.

— ¿Qué vas a dejar de volar? ¿Qué nueva diablura se te ocurre?

— No lo sé aún... ¿Qué es eso que lees?

— Un informe del profesor Dumont; tú no le conoces.

— ¡Eso es lo que tú crees, papá! ¡Cuántas veces me ha hecho pasar ratos estupendos con sus aventuras bajo tierra! ¿Te ha propuesto algún negocio?

— Si... y no; desea que financie su nueva expedición.

Los ojos de Doris brillaron intensamente.

— Y... ¿vas a hacerlo, papá?

— ¿A qué te refieres?

—¡A financiar ese viaje!
—Ya lo he hecho.
—¡Eres un ángel, papá!
Correman miró a su hija con inquietud.
—No te entiendo, pequeña...
—Nada más fácil que entender a tu hija, míster Correman; deseo ir con el profesor Dumont.
El millonario se puso en pie.
—¿Has perdido la razón, hija mía?
—¿Yo? Creo que no. En la última visita que hice ami psicoanalista, me encontró completamente normal.
—Pues permíteme que lo dude. Tendrás que cambiar de psicoanalista...
Ella se adelantó y sentándose sobre sus rodillas, empezó a tirarle de las orejas sin el menor respeto.
—¡Merecerías que me enfadase contigo, grandullón! ¡Tratar a tu hija de demente! ¿No comprendes, papaíto, que, sin darte cuenta me ofreces el más maravilloso viaje que hice jamás? Estoy harta de recorrer la Tierra de un lado para otro y conozco ya cuantas cosas deseaba conocer. Hace años que abandoné los viajes submarinos que, al fin y al cabo, no son tan interesantes como creía. También esperaba que, en este año, se lanzase la primera astronave hacia la Luna; pero por lo que he oído, tardarán aún bastante en hacerlo...
—Sí, pero...
Ella le tapó la boca con la mano.
—Déjame hablar, papá. Tú eres un hombre de negocios que no puede concebir más maravilla que los resultados que, a cada momento, te dan los cerebros electrónicos que cuentan y recuentan tu dinero...
Su voz se hizo más insinuante aún:
—Papá; nunca te he pedido algo con tanta intensidad como ahora. Me harás completamente feliz si me permites

acompañar a esos hombres.

Correman estaba ya casi completamente convencido; la sonrisa paternal que ornaba su rostro lo demostraba.

—¿Cómo? ¿Crees que voy a consentir que una mujer sea la única que vaya con esos exploradores, cuyo equipo apenas si conozco?

Doris demostró tener contestación para todo:

—Eso es muy fácil, papá; no tienes más que obligar a esos hombres a que se hagan acompañar por otra mujer... y así seremos dos...

Correman sonrió antes de decir:

—¿Y quién va a ser otra loca qué...?

—Mi doctora, papá. Ina Chekowsky hará lo que sea, si yo se lo pido... y la cuantía de la recompensa lo merece.

—¡Desinteresados tus amigos! —no pudo por menos que exclamar el potentado— ¡Encantadoramente desinteresados!

—Como todos, papá. Tú y yo podemos hablar sin eufemismos. ¿No esperas nada de esa expedición que, «tan desinteresadamente» te propones financiar?

Correman soltó una breve carcajada:

—¡Digna hija de su padre, sí, señor! ¡Eres una Correman de pies a cabeza!

Una luz divertida se encendió en las hermosas pupilas de la muchacha.

—¿Entonces? ¿No quieres decir que he ganado la partida, papá?

El millonario asintió con la cabeza. Miró a su hija sonriendo.

—Has ganado, hija mía... Pero no creas que va a ser solamente esa ambiciosa doctora Chekowsky...

—¿Qué quieres decir?

—Que como la empresa posee un vital interés para mí, voy a enviar una persona que vigile a esos alocados sabios, no haciéndoles olvidar la verdadera misión que, desde mi punto de vista, han de realizar...

Ella frunció el entrecejo:

— No quisiera adivinar el nombre, papá; pero por desgracia...

— ¿Crees ya saber quién es?

— Sí; me apostaría cualquier cosa a que se trata de René.

— En efecto. ¿Cómo lo has adivinado?

— No hada falta poseer dotes especiales; ese idiota me persigue, desde hace tiempo, con sus insoportables asiduidades...

— Olvidas que eres una chica bonita y que él es un hombre ambicioso.

— ¿Sólo ambicioso? Es cruel, duro, implacable... La mayoría de tus ingenieros, de tus empleados, de tus obreros, le odian.

— ¿Quieres decir que mi secretario particular no debe defender mis intereses por encima de todo?

— Una cosa es defender tus intereses y otra cosa es defenderlos de una manera que hace suponer que sean suyos. René ha puesto demasiadas ilusiones en mí.

— Eres muy dura con él, Doris. René es un muchacho capaz, un hombre que, entre nosotros y sin que esto trascienda, me agradaría mucho que se hiciese cargo de mis cosas el día que yo falte.

Ella hizo un mohín, que no dejaba de ser gracioso.

— No sabe cuánto lamento, míster Correman, tener que cortar a ras esos hermosísimos proyectos... en cuanto a mí se refieren. Claro que puedes hacerlo heredero de la mayor parte de tus negocios.

— ¿Por qué dices esas tonterías?

— No son tonterías, papá; es posible que el hombre que a mí me guste no cumpla los requisitos que tus negocios necesiten...

Correman frunció el entrecejo.

— No creo que mi hija querida me dé un

disgusto semejante; pero es demasiado pronto para que nos enfademos por cuestiones de esta índole. Por el momento ya sabes que tienes mi autorización para formar parte de esa expedición; aunque, en realidad, sigo considerando tu deseo como una verdadera locura...

La atrajo hacia sí y la besó tiernamente en la mejilla:

—Sé que eres valiente y decidida, Doris; tanto lo uno como lo otro y eso es lo que calma ciertos escrúpulos de padre que nadie puede evitar. Sin embargo, ten mucho cuidado. Por fortuna, la expedición irá dotada de todas las seguridades que la técnica ha puesto en nuestras manos y, además, la presencia de René será para mí la mejor garantía de que nada ocurrirá.

—¡Por favor, papaíto! —exclamó vivamente ella—. No estropees estos deliciosos momentos nombrando a ese hombre... ¡Le detesto con toda la fuerza de mi corazón!

Correman sonrió y no agregó una sola palabra a lo que acababa de decir; pero, cuando la muchacha hubo abandonado el despacho, la sonrisa, en los labios del potentado, se hizo más segura, como si no dudase en que René, que había logrado dominar a miles de hombres, que trabajaban bajo sus órdenes, acabaría domeñando aquel espíritu rebelde y caprichoso de una niña que no tenía otro defecto que el de haber sido mimada excesivamente desde la muerte de su madre.

—¡La domará! —exclamó en voz baja—. ¡La domará y hará de ella su esposa! Luego ya no podré morir tranquilo...

CAPÍTULO III

Al oír el zumbido lejano del motor, Chandal levantó la cabeza y buscó, durante unos instantes, sobre la límpida superficie del cielo de los Alpes, hasta que su vista de lince le hizo descubrir el moderno autogiro que se acercaba.

Sonrió levemente y dirigiéndose al profesor, que sentado sobre una silla plegable, tomaba notas:

— Ya tenemos aquí a los tres miembros misteriosos e impuestos de la expedición, profesor.

Dumont levantó la cabeza y miró a su ayudante:

— ¿A qué viene ese tono sarcástico en la voz, Lenoir?

— ¿Qué otro tono puede utilizarse en estas circunstancias, profesor? No veo más que el aparato, pero estoy casi completamente seguro de que algo se acerca que le causará serios disgustos.

— No sé por qué. Después de todo, Correman ha expuesto su dinero y es natural que nos envíe algunos de sus hombres de confianza para fiscalizar nuestro trabajo. A él no le interesa más que el «geoncio».

— Eso espero —murmuró misteriosamente Chandal.

Los demás miembros de la expedición que habíanido llegando en los autogiros que se veían posados en la planicie vecina, trabajaban activamente en los preparativos para el descenso.

Una enorme y descomunal grieta era el lugar por el que los expedicionarios se disponían a penetrar en las misteriosas entrañas de la Tierra; por decenas los aparatos habían sido llevados hasta el borde de la hendidura, donde además se levantaba una fenomenal grúa y una estación de vigilancia que era una verdadera maravilla técnica. Aquella formidable estación estaba unida por TSH y teléfono a Chamonix, donde un equipo, dotado de helicópteros, estaría permanentemente en guardia para acudir a la menor sospecha de alarma.

Abandonando su cuaderno de notas y seguido por su ayudante, el profesor marchó prestamente a dar la bienvenida a los recién llegados.

Una sola cosa le había extrañado.

Dos días antes recibió un telegrama de Correman, rogándole que no tomase para la expedición ningún personal sanitario, ya que él proporcionaría el médico que les acompañaría hasta las entrañas de la Tierra.

Aquella imposición inesperada molestó íntimamente a Dumont, que no dijo nada a su ayudante, temiendo alguna burla sarcástica a la que tan aficionado era el joven.

Después de todo, Correman tenía derecho a imponerles cuanto personal adicto quisiese, ya que sin su ayuda económica la expedición no se hubiese realizado jamás.

Pero, cuando el profesor llegó junto al helicóptero que acababa de aterrizar y vio que entre los pasajeros que saltaban ágilmente a tierra, se encontraban dos mujeres, palideció intensamente y, dispuesto a oponerse con toda la energía posible a aquella locura, se dirigió veloz y directamente al millonario al que, después de estrechar la mano, dijo:

— ¿Qué significa esto, míster Correman?

El otro le miró con sorpresa. Indudablemente no esperaba una tan rápida reacción del sabio.

— ¿A qué se refiere, profesor? —inquirió a su vez, con un tono glacial en la voz.

— A la presencia de estas dos señoritas.

El rostro de Correman se iluminó con una franca sonrisa. Y sin darse directamente por aludido:

— ¡Ah, perdone! Voy a presentarle a mi hija, Doris Correman.

Y señalando a la pequeña:

— Este es el profesor Dumont, Doris.

Se estrecharon la mano y antes que el confuso hombre de ciencia pudiese hacer una nueva y más directa pregunta:

— Esta otra señorita es el doctor Ina Chekowsky...

— Querrá decir la doctora Chekowsky... —intervino Chandal con una sonrisa burlona en los labios.

El profesor no sabía qué decir:

— Yo... —balbuceó; luego, serenándose velozmente—: ¿No irá usted a decirme, míster Correman, que va a exponer a su hija a los peligros de la expedición?

El potentado no había dejado de sonreír.

— Estoy perfectamente de acuerdo con usted, profesor, y hasta le estaría agradecido si lograse convencer a Doris que lo que desea hacer es una verdadera locura...

Dumont se volvió, esperanzado, hacia la joven:

— Señorita... —intentó decir.

— ¿Cuándo empezaremos el descenso, mi querido profesor? —cortó ella.

Dumont se dio cuenta inmediatamente que de seguir hablando perdería el

tiempo:

— Está bien —dijo con un extraño tono de violencia en la voz—, Pero deseo prevenir a todos de que no me hago responsable de la vida de ninguno de los expedicionarios. Los peligros que pueden esperarnos ahí abajo son tan desconocidos como horribles. Por desgracia, no puedo oponerme a que estas dos jóvenes vengan con nosotros, pero repito que declino la responsabilidad...

Una voz dominadora y desagradable se hizo oír entonces, cuando nadie la esperaba:

— Yo cargo, voluntariamente, con la responsabilidad de la expedición.

Si al profesor le hubiese picado una avispa —cosa imposible en aquellas latitudes— no se hubiese vuelto tan rápidamente hacia el que acababa de hablar.

— ¿Quién demonios es usted? —inquirió con voz ronca.

El millonario se adelantó y con tono conciliador:

— Es René Saulons, mi secretario y jefe de la expedición desde el punto de vista...

Visiblemente no encontraba la palabra; pero no tenía por qué preocuparse, ya que allí estaba Chandal, que concluyó claramente la frase inacabada:

— ...desde el punto de vista «dólares», profesor.

Dumont estaba pálido como el papel y de muy buena gana lo hubiese enviado todo a paseo; pero el interés científico de lo que deseaba emprender venció fácilmente su creciente cólera.

— De acuerdo —dijo roncamente.

Y volviéndose directamente al millonario:

— Tengo previsto el descenso, hasta el primer escalón, para dentro de una hora.

— Perfectamente —repuso Correman.

Chandal, cuya cólera era mayor que la de su jefe, miró irónicamente al potentado y con una voz sarcástica en extremo:

— ¿Por qué no se anima usted también, míster Correman? La expedición podría tener muchos alicientes emocionantes...

Si las miradas matasen, lo que el potentado dirigió al joven le hubiese pulverizado allí mismo.

— No le veo la gracia, señor mío.

Dumont, por primera vez desde hacía mucho rato, sonrió y dio una palmada amistosa en el hombro a su ayudante:

— Vamos, Lenoir. Preparemos el descenso.

* * *

Todos se hallaban ya vestidos con el equipo que Chandal había diseñado y las dos mujeres habían perdido parte de su atractivo al endosarse aquellos «monos» de cuero que desfiguraban por completo sus atractivas formas.

Detrás, a la espalda, los depósitos de aluminio contenían el oxígeno para caso de emergencia.

Chandal se acercó a Doris con una maravillosa máquina de «Cine»:

— Si no le molesta, señorita Correman, deseo filmarla; son recuerdos que luego proporcionan ratos de regocijo...

Ella le miró, molesta al principio, pero la mirada del joven desarmó su mal humor y una sonrisa entreabrió sus hermosos labios.

— Puede —dijo— que, después de todo, quizá sea usted el más divertido de la expedición y estoy segura de que llegaremos a ser buenos amigos...

Chandal terminó de filmarla mientras ella hablaba; luego, cuando enfundaba su aparato:

— Se equivoca, señorita Correman.

— ¿Qué me equivoco? Pero, puede llamarme Doris, señor.

— Tampoco me llame señor; vamos a estar juntos durante mucho tiempo. Mi nombre es Chandal.

— Está bien, Chandal. si no recuerdo mal, estaba usted diciendo que me equivocaba al afirmar que seríamos buenos amigos.

— En efecto, Doris. Si ese René es el jefe «económico» de la expedición, me cabe el honor de ser el jefe... «disciplinario». Y le aseguro que sabré imponerme como sea.

— ¡Qué interesante va a ser esa lucha!

— ¿Lucha?

— Sí, entre usted y René. Solamente por eso, estoy más que contenta de formar

parte de la expedición...

La sirena, en la estación junto a la grúa, lanzó una llamada que se repitió tres veces consecutivas.

En silencio, los dos jóvenes se encaminaron hacia la plataforma. El profesor miró fijamente a su ayudante.

—¿Preparado, Chandal?

—Sí, señor.

—Bajará usted hasta la plataforma que ya conocemos y que está situada, si mal no recuerdo, a unos trescientos y pico de metros...

—Trescientos ochenta, exactamente, señor.

—Perfectamente. Allí instalaremos, por el momento, la segunda Base de la cadena. De aquí en adelante la llamaremos «plataforma», así como denominaremos a esta estación de cerca de la grúa «Superficie». ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—En cuanto hayamos bajado todos a «plataforma», usted iniciará el verdadero descenso hacia la sima... Estaremos unidos por teléfono y cuando haya usted llegado al fondo, o a algún sitio que considere el fondo, bajaremos todos, según un orden previsto, e instalaremos una buena base, antes de avanzar explorando. Esa tercera base la llamaremos «sima».

Se volvió hacia todos los presentes:

—Nuestra labor debe basarse en la disciplina; en ningún caso, nadie debe tomar iniciativas alguna sin una autorización que proceda de mi persona, o, en caso de que me ocurra una desgracia, de la persona de mi ayudante, señor Lenoir, que está perfectamente capacitado.

René, petulante como siempre, dejó oír su desagradable voz:

—¿Y yo? —inquirió, mirando significativamente a Correman.

Chandal se volvió velozmente hacia él.

— Usted, «mi querido amigo», hasta que no hayamos encontrado vestigios de «geoncio», se calla., ¿de acuerdo?
Doris no pudo refrenar su entusiasmo:
— ¡Bravo, Chandal! ¡Un punto a su favor!
Correman miró severamente a su hija:
— ¡Doris! ¿Qué significa esa incongruencia?
— Nada, papá. El combate acaba de empezar y el señor Lenoir lleva un punto... Eso es todo.
René se había puesto blanco y cerrando los puños clavó su mirada en las anchas espaldas de Chandal, que se alejaba hacia la silla metálica en la que iba a realizar el descenso.
Una vez hubo cerrado las correas que le sujetaban y cogido al bastón de acero que le permitiría separarse de las paredes rocosas de la sima, contra las que podía precipitarse, levantó la mano a guisa de saludo.
Chandal conocía casi de memoria los accidentes de aquel primer tramo, que iba a conducirle a la plataforma situada a casi cuatrocientos metros de profundidad. El joven se dedicó a pensar en todos los inconvenientes que podían presentarse con la presencia de dos mujeres inexpertas en la expedición.
Por otra parte, el secretario de Correman no le gustaba absolutamente nada y no era difícil prever algunos disgustos con aquel hombre que parecía haberse tomado en serio el papel que le había asignado el potentado.
Sonrió al pensar en el lindo rostro de Doris y encontró a la muchacha, a pesar de todos los defectos de una pésima educación, verdaderamente encantadora...
El descenso se desarrolló de una manera completamente normal. Aquella especie de pozo poseía un diámetro amplio y no constituía peligro alguno bajar allí, ya que las paredes estaban alejadas de la trayectoria de la silla y Chandal no tuvo que utilizar el bastón ni una sola vez.
Al poner los pies en la plataforma rocosa, de gran amplitud y en cuyo fondo se hallaba la verdadera entrada de la mina, el joven se liberó de las correas protectoras y tras dar la señal que la grúa dejase de dar cable, recorrió aquel lugar en el que había pasado dos semanas el año anterior.
Todo seguía igual y Chandal encontró aún las latas vacías y las huellas carbonizadas de los sitios donde habían encendido hogueras para hacer la comida.
Recorrió ampliamente la plataforma y cuando se percató de que no había cambiado nada y que no había peligro para que descendiesen los otros, se acercó a la silla metálica y tomando el microteléfono:
— Profesor, todo sin novedad, señor.
— ¿Ha mirado bien, Lenoir?

—Sí. ¿No ha habido variaciones geológicas? Ya me entiende usted: fisuras, rajas, declives...

— Nada, señor; todo sigue igual.

— Perfectamente, en seguida bajaremos.

— De acuerdo, profesor; encenderé las luces auxiliares para guiarles.

Tres horas se tardó en descender no solamente a los miembros de la expedición, sino los aparatos, instrumentos, cajas de víveres y todo lo que necesitaban para la estancia en el subsuelo.

Cuando todo estuvo colocado, el profesor pasó revista a cuantos objetos habían descendido, asombrándose de la cantidad enorme de ellos.

— Dejaremos aquí todo lo que no nos sea indispensable.

Ordenó seguidamente a los dos hombres que les acompañaban, en calidad de hombres de carga, para que seleccionasen todo lo que necesitaban llevarse, mientras él y Chandal montaban el aparato de radar que iban a utilizar para explorar la sima antes de lanzarse a fondo.

Los dos hombres, que habían sido tomados por el profesor y recomendados por un amigo suyo de la Universidad de París, eran altos, fornidos, de rostros brutales y la única diferencia entre ambos era el color de sus cabellos.

El rubio se llamaba León Tarffond y tenía la piel blanca y el rostro pecoso; el otro, de cabellos morenos y tostado de piel, era, sin alguna duda, un mediterráneo y se llamaba Blaise Marne.

Justamente, cuando el profesor y su ayudante terminaban de montar el aparato de radar, el moreno, Marne, se acercó a ellos:

— Le llaman de «superficie», profesor.

— Ya voy.

Se acercó al teléfono, que ya había sido instalado.

— ¿Diga?

— Soy Correman, y quería desearle buena suerte, profesor. He de regresar inmediatamente a Nueva York. Mis negocios lo exigen.

— Lo comprendo, señor; muchas gracias...

— Tenga cuidado con mi hija, profesor.

— No se preocupe; nada malo le ocurrirá...

— Gracias. Adiós.

El profesor colgó y volvió junto a Lenoir:

— ¿Algo nuevo? —inquirió éste.

— Correman; nos desea suerte.

— Muy amable.

Terminaron el montaje del aparato y llevándolo inmediatamente después, al

borde de la sima, colocaron una pequeña grúa para lanzar el haz de hondas hacia la profundidad.

Hasta entonces y cuando estuvieron allí, no habían logrado más que lanzar una sonda de un kilómetro que, según les parecía, no llegó hasta el fondo; ahora y gracias al radar, podrían conocer, con toda exactitud, la profundidad de aquella sima hasta donde descendía sin encontrar obstáculo alguno.

René y las dos mujeres se acercaron con curiosidad a ellos.

Chandal empezó a manejar el radar y, a medida que recibía los «radioecos» iba modificando la posición del aparato de manera de que las ondas siguiesen el camino recto de la sima.

Al cabo de unos segundos y sin poderlo evitar, lanzó un silbido de asombro.

—¿Cuánto? —inquirió el profesor.

—CINCO MIL METROS, SEÑOR.

—¡Es imposible!

—Compruébelo usted mismo, señor Dumont hizo nuevamente la lectura, encontrando la misma cifra que había leído su ayudante.

—¡Es fantástico! —exclamó sinceramente admirado.

Luego, volviéndose a René y las dos muchachas:

—No creo que haya ninguna mujer capaz de soportar ese descenso —dijo.

Los ojos de Doris brillaron peligrosamente:

—¡Escuche, profesor! Exijo que me sea autorizado el descender hasta donde lleguen ustedes. Nadie me impedirá hacerlo.

El profesor frunció el entrecejo y dijo sonriendo:

—Lo decía por su bien, señorita...

—Se lo agradezco, pero no lo tomo en cuenta.

—Perfectamente; será ésta la última vez que tomo en consideración su sexo.

Y volviéndose a Chandal:

—Preparemos los cables, Lenoir; hay que empezar a trabajar inmediatamente.

Cinco largas horas pasaron antes de conseguir que el cable, asociado a otros muchos, alcanzase la longitud de los cinco kilómetros que se requerían.

Al terminar, Dumont miró intensamente a su ayudante.

—¿Preparado, Lenoir?

—Preparado, señor.

—Tenga usted mucho cuidado. Si ve que es imposible bajar hasta el fondo,

organice una nueva base donde le parezca conveniente.

— De acuerdo.

Se sentó decididamente en la silla, y, como la otra vez, lanzó un saludo a su alrededor. Luego, con voz firme:

— ¡Dé la orden, Marne!

El hombre transmitió la orden a la grúa de superficie.

En el justo momento en que el ruido de la grúa se dejaba oír, Doris se «cercó a la sima.

— ¡Muchas gracias, Chandal!

— ¡Gracias, Doris!

René se adelantó hacia la joven.

— ¿Qué confianzas son ésas, señorita Correman? Pero ella no le escuchaba, pendiente de la silueta de

Lenoir, que se iba hundiendo en aquella sima sin fin.

CAPÍTULO IV

A medida que empezó el descenso, Chandal experimentó un calor creciente, pero aquello no podía extrañarle, ya que la expresión de una ley muy conocida y no tuvo más trabajo que regular la temperatura del doble forro de su traje especial, sintiendo en seguida un frescor sumamente agradable.

Más atención requería cuanto le rodeaba y para guiarse y orientarse, además de los focos laterales de su silla metálica, llevaba uno en la mano izquierda, empuñando con la derecha el bastón que debía servirle para separarse de las paredes de la sima, con el balanceo de la silla, se acercaba demasiado.

Desde «plataforma», el profesor iba enviando haces de ondas, con el radar, de manera de ir comunicando a su ayudante los resultados progresivos de su marcha hacia la profundidad.

— Está usted llegando a los mil metros, Chandal — dijo la voz de Dumont en los auriculares que el joven llevaba puestos.

— Perfectamente, profesor.

— ¿Algo nuevo?

— Nada. Las paredes están demasiado lejos para poder comunicar ningún detalle interesante.

— Perfectamente. Hasta luego.

En silencio, continuó el descenso y fue inesperadamente, cuando menos lo imaginaba, que la temperatura empezó a decrecer tremendamente.

Chandal frunció el entrecejo.

— ¿Cómo puede ser esto? —se preguntó en voz baja, olvidando que tenía el micrófono junto a los labios.

— ¿Qué pasa, Lenoir? —inquirió inmediatamente la voz del profesor—. ¿Detenemos la marcha?

— No, señor. Estaba hablando conmigo mismo.

— ¿Qué le ocurre, Chandal?

— La temperatura, profesor.

— Ha aumentado mucho, ¿verdad?

— No, al contrario; está bajando de una manera tremenda. He tenido que poner en marcha el calorífico del traje.

— ¡No es posible! Hasta ahora hemos podido comprobar que el descenso, en cualquier punto de la Tierra, iba acompañado de un aumento sensible de la temperatura.

— Quizá estemos atravesando una zona regada por alguna corriente de agua fría; un río subterráneo, por ejemplo.

— No explica el fenómeno, Chandal. ¿Puede mirar el termómetro?

— Sí. Marca un grado sobre cero.

— No lo entiendo.

Hubo un corto silencio; luego, la voz del profesor volvió a sonar en los oídos del joven:

— Ha llegado a los dos mil metros, Lenoir.

— Perfectamente.

— ¿Qué temperatura?

— Cero grados.

El profesor calló y Chandal siguió pendiente de cuanto le rodeaba, aunque en realidad no veía más quela masa parda y lejana de las paredes de la sima.

Más tarde, el profesor le anunció que había llegado a los tres kilómetros de profundidad. Él le comunicó que la temperatura seguía siendo de cero grados.

A partir de los cuatro mil metros, el termómetro descendió cuatro grados más.

— Es inconcebible —comentó el profesor —. Voy a prevenir a «superficie» para que nos sean enviados nuevos trajes, ya que los que habíamos dispuesto eran para combatir las altas temperaturas. ¿Podrá usted resistir unas horas con su traje, Lenoir?

— Espero que sí, señor.

— Vamos a enviarle un aparato de rayos infrarrojos para que no sienta tanto frío. Establezca su pequeño campamento en el lugar que crea más conveniente.

— Así lo haré, profesor.

Los mil últimos metros pasaron bastante rápidamente y cuando Chandal tocó el suelo con los pies, no pudo por menos de lanzar un suspiro de alivio.

A pesar del calorífero, tenía las piernas embotadas por el frío, y cuando comprobó que la temperatura era de once grados bajo cero, con un grado de humedad de más del setenta por ciento, se estremeció de pies a cabeza, sin poderlo remediar.

Descendió de la silla, desconectó el teléfono y acercando sus labios al micrófono, dijo:

— Bajen cuanto antes el aparato de rayos infrarrojos; voy a establecer un pequeño campamento aquí mismo.

Guardo tres líneas de fuerza y luz para lo que necesite. Voy a explorar, asimismo, el terreno. Luego le llamaré.

Desconectó todo, de la silla que, después de ordenar a «plataforma», empezó a ascender a bastante velocidad. Con los cables que colgaban, Chandal encendiólos focos, en forma triangular y tomó una taza de café y un poco de coñac antes de empezar la pequeña exploración que habla proyectado.

El frío seguía haciéndose sentir, a pesar del calorífero del traje y pensó que moviéndose entraría en calor.

Encendió el foco que llevaba al pecho y avanzó decididamente en aquella especie de planicie en cuyo centro parecía haber caído.

Después de recorrerla en varias direcciones, se percató de que cuatro galerías desembocaban allí y cuando se acercó a las paredes casi lanza un grito de indecible sorpresa.

Pero, no podía ser...

Porque las huellas que acababa de descubrir y que le habían parecido hechas por instrumentos humanos, más o menos toscos, debían proceder de la erosión de alguna corriente subterránea que debía haber pasado por allí.

Enfrascado en la observación de aquellas curiosas huellas, se adentró en la galería sin percatarse de la monstruosa sombra que proyectaba, sobre las paredes de la cueva, los potentes reflectores que había dejado encendidos en el «campamento» y que estaban conectados a los cables que les unía con «plataforma».

Aquella monstruosa sombra avanzaba prudentemente, proyectando una silueta verdaderamente fantástica.

Chandal siguió avanzando...

Tenía todo el tiempo que quisiese para estudiar detalladamente la zona en la que el equipo expedicionario debería actuar. Hasta que llegasen los nuevos trajes desde Chamonix, pasarían varias horas.

De repente, un alarido fantástico e infrahumano sonó a su espalda. El eco lo repitió, amplificó y copiócentenares de veces y la sangre se heló en las venas del joven, que tardó algunos segundos en reaccionar.

Cuando se volvió, los últimos ecos de aquel alarido formidable no eran ya más que un lejano murmullo casi inaudible.

Pero, estuvo él a punto de lanzar otro grito, al percatarse de que su «campamento» estaba completamente a oscuras y que, además, por si fuera poco, le llegaba una respiración fatigosa, exhalada por pulmones ciertamente gigantescos.

Aquel sonido le llamó poderosamente la atención y no dudó un solo instante que se trataría de algún animal, desconocido hasta entonces y que habitaría, contra toda ley natural, aquellas abismales profundidades.

Dirigió su foco contra el «campamento».

Apenas si pudo alcanzar a ver algo que se parecía extraordinariamente a una mano humana.

Un objeto llegó silbando hasta él, haciendo trizas el reflector y empujándole, tan violenta y fue la llegada, que le obligó a perder el equilibrio y cayó de espaldas, con tan mala fortuna que su nuca golpeó con una arista rocosa y perdió el conocimiento instantáneamente.

* * *

La caída de corriente en los amperímetros llamó la atención de Mame, que era quien controlaba aquello:

— ¡Profesor!

— ¿Qué ocurre?

— Han debido romperse los cables ahí abajo.

Dumont palideció intensamente.

— ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

Y se levantó, precipitándose al teléfono:

— ¡Chandal!... ¡Chandal!

Y al cabo de unos segundos:

— ¡Lenoir! ¡Conteste, por el amor de Dios!

Se puso en pie, sin que la palidez hubiese desaparecido de su rostro.

— No contesta —murmuró en voz baja.

Se incorporó, empezando a pasearse, como un león enjaulado, con las manos entrelazadas a la espalda.

Doris se acercó a él.

— ¿Qué estamos esperando, profesor? ¿Por qué no bajamos en su ayuda?

— Los trajes no tardarán en llegar; en cuanto los tengamos bajaremos todos...

— ¿Por qué esperar los trajes? Yo me ofrezco par abajar con éste. Quizá cuando estemos allá abajo, ya sea demasiado tarde.

— Creo que dramatiza usted demasiado, señorita; el que se hayan roto los cables no significa que Chandal esté en peligro.

— ¿Usted cree?

— Naturalmente. La rotura puede haberse originado a mucha más altura que la que Lenoir ocupa... Una roca que se desliza y corta las conexiones y los cables. No es la primera vez que esto ocurre.

— Hay una manera muy sencilla de comprobarlo, profesor.

Pierre Dumont la miró con interés.

— Diga, señorita Correman.

— Si hacemos subir los cables sabremos exactamente a qué altura se han cortado.

— ¡Una magnífica idea, señorita! Francamente, no cesa usted de admirarme desde que la he conocido.

Y dirigiéndose a Mame y Tarffond:

— ¡Hagan subir los cables averiados y midan la longitud!

Mientras el profesor vigilaba el trabajo que acababa de encomendar, René, que había permanecido silencioso hasta entonces, se acercó a Doris:

— Francamente, señorita, no comprendo ese interés por el señor Lenoir.

Ella le clavó una incisiva mirada:

— ¿Es que no le preocuparía, señor, que le hubiese ocurrido algo a ese muchacho?

— Relativamente. Además, para hablarle con toda franqueza, desearía que esta loca expedición no continuase; creo que su padre ha empleado su dinero en algo que no va a proporcionarle más que disgustos.

Ella le miró de hito en hito:

— Elegante y simulada forma, señor, de decir que tiene usted miedo...

Y señalando hacia arriba:

— ¡Aprovéchese, ahora, señor! ¡Sólo estamos a trescientos ochenta metros de la superficie, del sol, del aire y de sus elegantes oficinas! Luego, cuando estemos al lado de Chandal, vivo o muerto, será demasiado tarde...

Palideció René y con voz agria:

— ¡No olvide que puedo suspender la expedición cuando lo juzgue necesario!

Ella le devolvió el resto que había en la mirada del hombre:

— ¡Y no olvide que si lo hace, YO ME QUEDARE AQUI, HASTA TENER NOTICIAS DE ESE MUCHACHO O HASTA QUE MI PADRE,

PERSONALMENTE, BAJE A POR MÍ!

El se alejó, furioso como nunca.
Doris se acercó al profesor.

—¿Falta mucho, profesor?

El sabio contestó sin volverse.

La grúa seguía tirando del manojo de cables, y Doris se percató de que el hombre de ciencia tenía el entrecejo profundamente fruncido.

Momentos más tarde, los extremos destrozados de los cables surgían de la sima.

—¡Alto! —gritó Marne para que se detuviese la grúa de «Superficie».

Examinaron detenidamente los cables.

—¡Qué raro! —dijo el profesor—. Parece como si se hubieran desgarrado brutalmente contra algún objeto duro; pero allí...

—¿A qué altura se han roto? —inquirió Doris con voz temblorosa.

El profesor se volvió hacia ella:

—A alguna, señorita. Exactamente junto al suelo del «campamento» establecido por Lenoir.

Permanecieron unos minutos en completo silencio; luego, Dumont ordenó decidido, dirigiéndose a Mame:

—Vamos a hacer caer nuevos reflectores encendidos, de menor potencia y un nuevo teléfono. ¡Rápido!

Entretanto, desde «superficie» comunicaron la llegada de un helicóptero con los nuevos trajes, y momentos más tarde la totalidad de los expedicionarios estaban ya preparados para combatir las bajas temperaturas que Chandal les había anunciado.

Doris insistió lo indecible para que el profesor la dejase bajar con los reflectores y el nuevo teléfono; tanto insistió que Dumont dijo:

—¡Está bien, señorita Correman, haga lo que desee!

—¡Alto ahí! —gritó René, que se había acercado al grupo—. ¡Usted puede ordenar, desde el punto de vista científico, pero soy yo el responsable de la preciosa vida de la hija de míster Correman, y no consentirá que, por culpa de su patente irresponsabilidad pueda ocurrirle algo desagradable!

Doris se acercó a René; sus ojos brillaban como ascuas.

—Es posible que tenga usted razón, señor; mi preciosa vida debe conservarse a toda costa; sobre todo para hacer viables sus propósitos...,

¡mi preciosa vida! ¡Usted sí que es un precioso... imbécil!

René no esperaba la bofetada que estalló como un disparo.

Pálido, excepto en la zona en que se habían marcado los cinco dedos de la muchacha, retrocedió con los ojos en llama.

No dijo nada y dando media vuelta, se alejó de allí.

Pero, si Doris hubiese oído las atropelladas palabras que se escapaban de sus labios, no hubiese, sonreído y se hubiera preocupado mucho de los días que iban a venir.

Mientras, el profesor, aprovechando la disputa de los dos jóvenes, ordenó que se lanzasen los reflectores y el teléfono de modo que, cuando Doris se acercó nuevamente a él, los objetos habían desaparecido ya en las honduras de la sima.

— ¿Por qué no me ha dejado bajar, profesor?

— Es mejor así, señorita Correman. Comprenderá usted que, desde un cierto punto de vista, el señor Saulons tiene toda la razón.

La joven se mordió los labios y no repuso nada.

A los pocos minutos, la atención de todos estaba circunscrita al descenso de los reflectores y teléfonos, esperando ansiosamente que no le hubiese ocurrido nada a Lenoir.

— ¡Dos mil quinientos metros! — ¡Tres mil doscientos metros!— volvió a decir el hombre.

De repente, el cable dio un brutal tirón.

— ¿Qué ha sido eso? —inquirió Doris con una voz en la que se transparentaba su inquietud.

— No lo sabemos; con toda seguridad, un golpe. Si hemos tenido mala suerte, los reflectores se pueden haber roto al chocar contra alguna arista rocosa.

— ¿Cómo lo sabremos?

El profesor no contestó y dirigiéndose a Tarffond:

— Lance las células fotoeléctricas.

Luego, volviéndose a la joven;

— Si han quedado indemnes, recibiremos la señal de las células fotoeléctricas en un instante.

En efecto, Tarffond exclamó casi al mismo tiempo:

— No hay avería en los reflectores, profesor.

— Sigan bajando, entonces.

Recomenzó la grúa a funcionar y como siempre, Marne siguió cantando las cifras que expresaban la profundidad alcanzada por los objetos que se enviaban al ayudante:

— ¡Cuatro mil novecientos ochenta y nueve metros!

Luego, casi en seguida, la grúa cesó de funcionar yun silencio lleno de esperanza, cayó sobre el equipo de «plataforma».

Con visible emoción, el profesor se acercó al micrófono:

— ¡Aló, Chandal!

Esperó unos segundos y volviéndose hacia los otros:

— No contesta; debe haberle ocurrido una desgracia...

Doris se sintió desfallecer, teniéndose que apoyar en un aparato que tenía a su lado para no caerse.

— ¡Aló, Chandal!

Otro silencio, y de repente, cuando nadie esperaba la respuesta, la voz de Lenoir, que pareció salir del auricular y que todos oyeron:

— ¿Es usted, profesor?

— ¡Santo Dios! ¿Es posible que no le haya ocurrido nada, Lenoir?

— Casi nada, señor.

— ¡Vamos a bajar en seguida, amigo mío! ¿Qué ha pasado con los cables?

— ¿Bajar? ¡No bajen sin venir cargados de armas,señor!

— ¿Armas? ¿Qué le ocurre, Lenoir?

Y la respuesta, con voz serena, llegó a ellos:

—AQUI HAY SERES HUMANOS, SEÑOR.

Dumont dio un salto.

— ¿Se ha vuelto usted loco, Chandal?

— No, no me he vuelto loco, aunque poco me ha faltado. FUE UNO DE ELLOS EL QUE ROMPIO LOS CABLES DE LOS REFLECTORES Y DEL TELEFONO. TODAVIA HUELE AQUI A CARNE CHAMUSCADA...

— ¡Será el olor del caucho, Chandal! ¡Por favor, sea razonable y no siga diciendo disparates!

— ¿DISPARATES, PROFESOR?, ¿Y EL CINTURON?

— ¿Qué cinturón, Lenoir? ¡Por el amor de Dios! —EL SER QUE DESTROZO LOS CABLES, SE

ROMPIO UN CINTURON QUE TENGO AQUI A MI LADO Y CUYA EXTRAÑA LUMINOSIDAD ME GUIO HACIA EL «CAMPAMENTO» ANTES DE QUE USTED HICIESE BAJAR LOS NUEVOS REFLECTORES. ¿SABE USTED POR QUE BRILLA DE UNA MANERA TAN EXTRAORDINARIA, PROFESOR?

— No, Chandal; no lo sé.

— ¡Porque está íntegramente construido de «Geoncio», profesor!

CAPÍTULO V

La extraordinaria declaración de Chandal, estalló como una bomba entre los expedicionarios; pero, sin ningún género de dudas, el más sorprendido de todos era el propio profesor.

Era verdad que, hada ya un año, había encontrado casi imperceptibles muestras del preciado mineral en aquella «plataforma»; pero Dumont no hubiese llegado jamás a creer que existiese en las cantidades que hacía presumir la extraordinaria revelación de su ayudante.

Pero, por encima del interés del «geoncio» había para Pierre el de la vida de las personas que formaban la expedición; por eso, insistió por teléfono:

— ¿Está usted seguro de lo que dice, Lenoir?

— Completamente, señor; he examinado, gracias a los nuevos reflectores, las huellas que «El» ha dejado aquí. El fondo de la sima es arenoso y blando y la, huellas de los pies desnudos, de un tamaño enorme, no pueden engañar más que a un ciego...

— Está bien, está bien... Puede que se trate de algún cuadrumano de una nueva especie, Lenoir.

— Es posible, profesor; pero este «cuadromano», además del precioso cinturón que tengo ante mis ojos y que hace oscilar la aguja de mi contador Geiger, debe de tener una puntería endiablada, pues me lanzó un objeto, que no he podido descubrir aún, destrozando mi reflector portátil...

— De acuerdo, Chandal; creo que lo más conveniente será preparar esta expedición con más tiempo. Si pedimos armas a Chamonix van a mandamos un cargamento de psiquíatras... No, lo mejor es regresar a «superficie».

El aparato le fue brutalmente arrancado de las manos.

Al volverse, se halló ante René que gritaba como un energúmeno en el micrófono;

— ¡Escuche, Lenoir! ¡No haga caso al profesor! ¡Yo soy el jefe de la expedición y no retrocederé por nada del mundo! Míster Correman me ha

encargado interesarme por el «geoncio» y no voy a abandonar en el momento en que lo hemos encontrado.

Chillaba agudamente.

Cuando cesó de hacerlo, se oyó la voz tranquila de Lenoir:

— Por primera vez, señor, estoy de acuerdo con usted. Vaya personalmente a Chamonix y compre armas potentes: rifles automáticos y alguna metralleta.

René sonrió triunfante.

— Me agrada comprobar que ha empezado usted asaber obedecer.

Al otro lado del hilo se oyó la risa alegre del joven.

— ¡Así es, señor! Pero usted no sabe aún mandar. Y como entre nosotros, las cosas deben arreglarse entre hombres, le prometo un buen puñetazo en cuanto baje... ¡A mí no me ha gritado nadie jamás como usted lo ha hecho!

Iba René a contestar cuando, a su vez, se vio arrancar el aparato de las manos. Se volvió furioso, pero alver que la autora de aquel gesto era Doris, sonrió forzadamente.

— ¡Ah, es usted, señorita Correman!

Pero ella no le hizo ningún caso y dirigiéndose a Lenoir:

— ¡Bravo, amigo Chandal; es el segundo «round» que se apunta usted!

* * *

Nada más colgar el teléfono, después de la gozosa exclamación de Doris, Chandal sonrió contento.

Le agradaba, sinceramente, aquella díscola millonaria que, a pesar de sus defectos, no dejaba de ser una chica excelente.

Fue entonces, cuando se separaba de los reflectores, tal y como había pensado hacerlo en cuanto acabase de telefonear, cuando presintió una presencia extraña y retrocedió vivamente hasta lo más hondo de las sombras que proyectaban las altas paredes de la sima.

Estaba seguro, completamente seguro de que alguien acababa de penetrar en la enorme sala subterránea y que, desde la sombra, le vigilaba atentamente.

Con la sola idea de que el resto de los expedicionarios iban a descender de un momento a otro, el joven se estremeció.

Hubiese dado cualquier cosa por poseer un arma y poder, gracias a ella, acercarse al teléfono para avisar al profesor y a los otros; pero, desdichadamente, no sabía, ni remotamente qué hacer.

Siguió retrocediendo.

Cuando sus espaldas tropezaron con la roca, se consideró más tranquilo; luego, con todos los sentidos al acecho, escuchó atentamente.
Poco a poco, a medida que acostumbraba su oído al silencio, pudo ir percibiendo el roce suave de unos pies contra el fondo arenoso.
Quien fuera, avanzaba despacio, con temor o precaución, determinado a sorprenderle.
Chandal, cerró fuertemente los puños. Se preguntaba incesantemente quiénes podían ser aquellos extraños pobladores de las entrañas de la Tierra y cómo podían haber llegado hasta allí.
Que debían ser completamente salvajes era una cosa de la que no podía tener la menor duda; y si así era, no podía esperar de ellos ni piedad, ni comprensión, sino tortura y muerte; quizá una muerte que ni siquiera se atrevía a concebir...
La proximidad de un peligro, que no podía ver, pero que sentía, le hizo contraerse, poniendo todos sus músculos en tensión; luego, definitivamente, aterrado y dispuesto a terminar de una vez con aquella irresistible angustia, se lanzó hacia adelante con la cabeza baja y los puños dispuestos.
El choque fue verdaderamente brutal.
Antes de perder el conocimiento, los puños del joven percibieron al golpear ciegamente, algunas zonas blandas de un cuerpo que debía ser enorme; luego, cuando se hundía en la inconsciencia, le pareció oír voces que se expresaban en un lenguaje que le era completamente desconocido.

* * *

De todas formas, se hablan colocado tres sillas, pendientes del cable que largaba la grúa de «superficie» e inmediatamente después que el hombre de ciencia hubo llegado a «sima», los otros no tardaron en llegar.
Dumont buscó a su ayudante sin lograr encontrarle por parte alguna. Nervioso y preocupado, hubo de ocuparse, contra sus deseos, de la organización del campamento que habían de formar allí, así como de la instalación de los aparatos y reservas de todas clases que fueron descendiendo paulatinamente, enviadas por Mame.
Finalmente, éste descendió también.
Doris, sinceramente preocupada, no hacía más que preguntar por Lenoir y el profesor, presintiendo que mentía, hubo de decir que estaba seguro de que su ayudante había ido a hacer una primera exploración por los alrededores y que regresaría en seguida.
Entretanto, René, con su potente proyector, inspeccionaba la superficie arenosa de la sala subterránea.
Una sonrisa burlona apareció en sus labios cuando consideró terminada la inspección.
— No veo huellas por ninguna parte, profesor —dijo.
— ¿A qué se refiere?
— A esas pisadas de las que habló su

ayudante. Y hablando de él, ¿dónde cree usted que se ha metido?

— Lo ignoro.

— Es extraño. Cuando nos había hablado de su cinturón, completamente fabricado de «geoncio», desaparece misteriosamente. ¿Ha pensado usted en el dinero que puede valer ese objeto?

— Ni lo he pensado, ni me interesa.

— Pues a mí sí. Esa es mi misión en esta expedición: defender los intereses de míster Correman por encimade todo... En cuanto aparezca su ayudante, le exigiré cuentas y habrá de entregarme el cinturón...

El profesor estaba impaciente, nervioso, desasosegado.

— No podemos permanecer eternamente en este lugar — dijo—. Ya hemos perdido demasiado tiempo y si Chandal no ha vuelto, le dejaremos un mensaje aquí, señalándole la dirección que tomamos; además, iremos marcando nuestra ruta con pintura fosforescente y así no tendremos dificultad para regresar.

Diez minutos más tarde, después de haber explorado detenidamente la gran caverna, el profesor eligió una de las galerías para iniciar por allí la exploración del mundo subterráneo.

— No hay que olvidar —dijo antes de empezar la marcha— los consejos que nos ha dado Leonir. Iremos con las armas apercibidas. Usted, René y yo, marcharemos en vanguardia. Las señoritas irán detrás y cerrando la marcha, Marne y Tarffond.

Se pusieron en marcha, iluminando potentemente la galería que, en cuanto hubieron avanzado un poco, empezó a descender en su suave declive.

Fue Doris, quien lanzó repentinamente un agudo grito:

— ¡Aquí!

Se volvieron todos hacia el lugar señalado por la muchacha.

— ¡Huellas! —exclamó Dumont.

El profesor se arrodilló para observarlas con más detalle.

— ¡Chandal tenía razón! —exclamó

sombríamente—. ¡Estas regiones están habitadas!

—¿Por quién?

Pierre se volvió a René, quien era él quien habla hecho tan absurda pregunta:

—No lo sé, señor; pero no se preocupe que muy pronto lo sabremos.

René palideció visiblemente:

—¿Usted cree que se atreverán a atacamos, armados como estamos?

—Tampoco puedo contestarle a esa pregunta, pero, sin saber exactamente por qué, presiento que muy pronto tendremos algunas sorpresas y que no serán agradables.

—¿Por qué no retrocedemos y pedimos auxilio a míster Correman?

Dumont no pudo por menos que sonreír.

—¿Quiere movilizar el Ejército de los Estados Unidos, señor? Todavía no sabemos si estas huellas corresponden a seres inteligentes o, simplemente, según creo, a unos primates que, por cualquier causa, se establecieron aquí.

—¿Primates? —inquirió René.

—Sí, cuadrumanos; monos, orangutanes, gorilas o como usted desee llamarles.

—Pero —agregó Saulons señalando las huellas— ¡deben ser enormes!

—El tamaño no implica, señor; generalmente, los seres más voluminosos de la escala zoológica suelen ser los menos virulentos y peligrosos. La jirafa es mucho mayor que el hombre y, a veces, francamente le gustaría a uno encontrarse entre jirafas...

Doris sonrió divertida.

La presencia de ánimo del profesor había hecho que ella venciese el terror que le habían producido las tremendas huellas.

—¡En marcha! —ordenó el hombre de ciencia.

Anduvieron durante dos horas por aquella galería y finalmente, después de un recodo, desembocaron ante algo donde la luz de los focos se perdía irremisiblemente sin encontrar obstáculo alguno.

— ¡Traiga el radar, Mame! —gritó el profesor.

Unos minutos bastaron para que el sabio se estremeciese. Los radioecos demostraron que se hallaba ante algo que no esperaba.

— ¡Es fantástico! —exclamó—. Nos hallamos ante una cámara que, debe tener, por lo menos... ¡Cien kilómetros de extensión!

— ¿Cien kilómetros de larga? —inquirió René.

— Sí, señor; un verdadero mundo situado a cerca de seis mil metros de profundidad. Un mundo en el que vamos a penetrar y donde nos esperan, sin duda alguna, tremendas sorpresas. Más que nunca, hemos de permanecer juntos y bajo ningún pretexto, por ningún motivo, hemos de separamos los unos de los otros. Avanzaremos aún durante una hora y luego estableceremos un campamento en algún lugar seguro.

Así lo hicieron y se adentraron un par de kilómetros más.

— ¿No oye usted nada? —inquirió inopinadamente René.

— Sí, parece un trueno que se acercase.

— ¡Traiga el reflector, Tarffond! ¡Enfoque hacia allá con la máxima potencia!

Habían apagado los focos individuales y, de repente, un haz lechoso horadó con potencia las tinieblas, iluminando como en pleno día una gran extensión de terreno.

Casi al unísono, como una nota acorde que sólo esperaba producirse en todas las gargantas, el mismo grito de horror brotó de sus labios:

— ¡LOS MAMUTS!

Era algo tan inconcebible como horrendo. Allá abajo, donde hubieran debido encontrar un infierno, donde no debían haber encontrado resto alguno de vida, tropezaban con un frío glacial, encontraban huellas de misteriosos primates y, finalmente, como una visión caótica y dantesca, veían surgir ante ellos los monstruosos animales que, según todos los historiadores y geólogos, habían desaparecido de la Tierra hacía millones de años.

Fue tan terrorífica la angustia que experimentaron, tan fulminante la paralización que sufrieron que, como si ignorasen la realidad del espantoso peligro que se precipitaba sobre ellos, permanecieron inmóviles, con los ojos

clavados en las negras masas que avanzaban locamente hacia ellos.
El grito de pánico de la doctora Chekowsky fue como el despertar de una especie de hipnotismo que les hubiese sido totalmente fatal.
— ¡Fuego! —rugió el profesor.
Las armas trepidaron y la luz de los disparos dominó por unos instantes, a la cegadora luz del potente reflector. Sorprendidos por el ruido de los disparos, los mamuts se detuvieron mientras uno de los más grandes se desplomaba sin vida entre sus compañeros.
— ¡Aprisa! ¡Huyamos de aquí!
Tarffond apagó el reflector y todos juntos, respirando con dificultad, huyeron hacia la izquierda, buscando locamente un refugio con el ansioso deseo de escapar de los monstruos, que habían reanudado su veloz marcha.
El sabio se dio cuenta de que estaban irremisiblemente perdidos ya que el pánico se había apoderado de ellos.
Gritando corrían a ciegas y Marne se volvió dos veces para lanzar, una tras otra ráfagas, sobre donde creía estaban los monstruos. Roncos rugidos le contestaron, mientras, para mayor horror de los que huían, los pasos de los proboscidios se acercaban terriblemente. Tarffond tuvo la desgracia de tropezar contra un invisible obstáculo. Lanzó primero un grito de sorpresa y rabia; luego, cuando todos se habían percatado de que algo debía haberle ocurrido, un alarido infrahumano dominó todos los demás sonidos.
Fue algo tan tremendo, tan escalofriante que, a pesar del miedo, los expedicionarios se detuvieron, dándose cuenta de que sus piernas se negaban a sostenerles.
También se habían detenido los animales y el profesor, encendió su reflector para salir de dudas.
Los cabellos se le erizaron.
Tarffond, se debatía entre las monstruosas patas de los mamuts.
Finalmente, uno de los colosales animales, constriñéndole contra el suelo con los colmillos, levantó ágil una pata, que debía pesar cerca de los mil kilos, la posó sobre la cabeza del hombre y...
El profesor apagó el reflector pero, de todas formas, en medio del silencio que se había hecho, se oyó claramente un sonido inequívoco; algo así como si un fruto maduro acabase de estallar en mil pedazos...
— ¡Vamos! —rugió el profesor.
Pero, indudablemente, el final se precipitaba definitivamente sobre ellos.
Doris lanzó un grito.
— ¿Qué le ocurre? —inquirió el sabio acercándose a ella.
— ¡Me he doblado un tobillo!
René, que había oído algo, desde el lugar hacia el que había avanzado, volvió prestamente.
— ¡Vamos! —gritó suplicante — ¡Esos monstruos se han puesto a correr de

nuevo!

La doctora polaca, que tocaba en la oscuridad el tobillo de la señorita Correman, no pudo contenerse:

— ¡Es usted un cobarde, René! ¿No ve que Doris se ha torcido un tobillo?

— Yo la llevaré en brazos —dijo Mame.

Guardaron silencio unos instantes y entonces el mido de las patas de los mamuts les ensordecieron de tal forma que se dieron cuenta de que ya no valía la pena moverse.

— ¡Estamos perdidos! —aulló René.

Como un loco, Mame, rodilla en tierra, empezó a disparar contra la masa de los animales, que el profesor, iluminaba con su reflector para facilitar la puntería.

Fue entonces cuando los gritos sonaron, dominando el fragor de la marcha de los titanes antediluvianos.

CAPÍTULO VI

Al ir saliendo de la profundidad de su inconsciencia, Chandal fue recordando cuanto le había ocurrido desde que inició el descenso.

De todas formas, no llegaba a precisar con la nitidez que hubiese deseado todo lo que se refería a las «extrañas presencias» que había percibido y contra las que, sin ningún género de dudas, se había lanzado, dispuesto a vencerlas o a morir en la lucha...

A medida que pudo incorporarse, sintió un dolor que le recorría todo el cuerpo y en cuanto le rodeaba, no vio nada que le resultase extraño, ya que se hallaba en el interior de una gruta como otra cualquiera y cuyas paredes y techo nada tenían de particular.

Pero cuando después de mirar en derredor suyo, se miró a sí mismo, una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios.

Le habían desnudado por completo y sus vestidos, así como los aparatos que levaba, yacían a su lado.

Justamente, su mirada recayó, como por casualidad, sobre el termómetro circular y un estremecimiento le recorrió la espalda:

— ¡Quince grados bajo cero y estoy desnudo! ¡Dios mío! ¡Quieren hacerme morir de una pulmonía!

Pero, a pesar de que estaba dispuesto a vestirse, haciendo funcionar el calorífero al máximo, experimentó una sensación deliciosa y se dio cuenta de que aquella temperatura que el termómetro marcaba no debía ser real, ya que él no sentía frío.

Entonces, al frotarse el cuerpo vigorosamente, en un gesto inconsciente de defensa contra el filo, se percató de lo que no había visto hasta entonces.

¡LLEVABA, ANUDADO A LA CINTURA, UN CINTURON DE «GEONCIO»!

Movido por el terror, se precipitó hacia sus vestidos y buscó afanosamente el contador Geiger, luego, con un temblor en las manos, lo pasó por delante del cinturón.

¡La aguja oscilaba hacia la cifra máxima!

Recibiendo aquella formidable dosis de radiactividad, su vida podía contarse por minutos. Debía quitarse, como fuera, aquel mortal cinturón, fuese como fuese, aunque desdichadamente, de nada le serviría, pues la radiactividad absorbida por su organismo sería, con toda seguridad, más que mortal.

Fue exactamente cuando sus manos buscaban la forma de abrir el fatal cinturón cuando una sombra apareció en lo que podía llamarse «puerta» de la gruta.

Levantó la mirada.

Al tiempo que abría la boca de estupor, se dio cuenta que la luz que le había permitido ver en la gruta, brotaba del cinturón y que aquélla se duplicó al entrar el desconocido.

Era una luz fosforescente, verdosa, nada molesta para los ojos.

El otro dio unos pasos hacia el hombre.

Era alto — ¿dos o tres metros?—. A Chandal le pareció que llegaría con suma facilidad, a los dos metros y medio. Ancho, musculoso, con un tórax digno deuna estatua de Fidias, poseía un rostro en el que la bestialidad primitiva no había logrado desaparecer por completo.
Sin embargo, había en sus ojos una indudable luz humana y el extraño y complicado rictus que entreabría sus gruesos labios debía ser algo semejante a una sonrisa.
Iba casi completamente desnudo, y una piel curtida cubila parte de su cuerpo en el que, bajo una piel peluda, sobresalía, al menor movimiento, el poderoso juego de sus músculos.
Pero, dos detalles, igualmente monstruosos, le hicieron estremecerse de horror.
Los ojos.
Eran grandes, enormes, gigantescos y descomunales y, a diferencia de lo que podía esperarse en un rostro como aquél, que no dejaba de ser humano, llegaban desde la frente, junto al nacimiento del pelo, hasta la comisura de los labios, dejando apenas sitio para una nariz estrecha e insignificante.
Aquellos ojos carecían de párpados y de pestañas y sus límites con el resto de la piel de la faz, no era más que un ligero ribete rojizo, lo que les hacía parecer dos heridas recientes en cuyo centro brillase un objeto eternamente inquieto: la pupila.
El otro detalle que llamaba poderosamente la atención eran los brazos que, aún siendo fuertes, robustos, y musculosos, parecían extremadamente delgados, PORQUE POSEIAN LA DOBLE LONGITUD QUE EL CUERPO.
Eran como dos extraños y peludos tentáculos que saliesen de los hombros y se prolongasen de una manera inconcebible...
El otro le miraba con la misma curiosidad.
Luego, después de una corta pausa, que a Chandal le pareció una inacabable eternidad, el otro movió los labios:
— No debe tener miedo —dijo en francés.
Lenoir se quedó estupefacto.
¿Cómo era posible que aquel extraño monstruo hablase su propia lengua?
El otro pareció adivinar sus pensamientos:
— A lo largo del tiempo hemos aprendido a hablar varias lenguas de los hombres de la superficie. En otra época, cuando buscábamos afanosamente la salita hacia el mundo de nuestros antepasados, tropezamos con hombres que trabajaban bajo tierra... Capturamos a algunos de ellos y nos enseñaron vuestras lenguas.
— ¿Cómo sabía que la mía era el francés?

—Porque la habló cuando estaba inconsciente.

—¿Quiénes son ustedes? —se atrevió a inquirir Chandal.

—Vosotros nos llamaríais «hipogeos» [1]; ése es el nombre que mejor nos cuadra.

—Deseo que me quite este cinturón.

—¿Por qué?

—La radiactividad que emite me estará matando.

—No. Antes de colocártelo, te hemos untado la piel con una grasa que impide que la radiactividad te dañe.

Lenoir le miró con una nueva curiosidad.

—¿Cómo sabéis vosotros que existe la radiactividad?

—Lo sabíamos mucho antes que vosotros, hombres de la superficie. Desde hace millones de años, desde que fuimos enterrados aquí por la violencia de los glaciares, entramos en contacto con este mineral y conocimos sus terribles efectos; pero, luego, poco a poco, logramos defendernos de su maléfico poder y utilizarlo para iluminar un poco nuestra vida y hallar en él el calor que necesitábamos.

—¿No tenéis otra fuente de calor más que el «geoncio»?

—¿Geoncio?

—SI, así llamamos nosotros a ese metal.

—En efecto; más tarde, cuando logramos entrar en contacto con los hombres de la superficie, esos a los que ¡lamáis mineros y a los que raptamos para estudiar, supimos que nuestros hermanos de la Era de la Piedra lograron descubrir, algunos milenios después de nuestra desaparición, el fuego... Nosotros no teníamos más que rocas y no tuvimos la suerte de nuestros antepasados.

Otro «hipogeo» acababa de entrar y acercándose al interlocutor de Chandal, habló con él en un lenguaje completamente desconocido para el joven. El que

había entrado se volvió hacia Lenoir:

— Mi amigo me pregunta si quieres comer. Carne de mamut; es la única cosa que poseemos.

— ¿Mamut? ¿Existen aún esos animales?

— Sí, para nuestra fortuna. Muchos de ellos se vieron arrastrados por los glaciares hasta lo hondo de las fisuras que comunicaban con las entrañas de la Tierra. También por fortuna, los glaciares, formaron una especie de caparazón que refrigera nuestro mundo; fuera de esta zona, la temperatura sería irresistible para nosotros.

— Está bien; comeré algo.

El otro habló algunas palabras con su compañero, que desapareció silenciosamente.

— No creas que tenemos comida en abundancia — dijo el «hipogeo». Desde que estamos en guerra con los Mulva, ellos han tenido la suerte de ocupar, antes que nosotros, los territorios en los que abundan la caza, mientras nuestra tribu ocupa la parte más estéril desde ese punto de vista.

— ¿Cómo? —se extrañó Lenoir—, ¿Sois dos tribus las que ocupáis este territorio?

— Sí. Al principio, desde miles de años, no éramos más que una; pero desde hace unos trescientos, Mulva, al que consideraba como a un hijo, se separó con un grupo ambicioso, declarándome la guerra.

(1) Seres que habitan bajo tierra.

— ¿Trescientos años? ¿Tú tienes trescientos años?

El «hipogeo» sonrió:

— Ya he cumplido mil años —dijo con sencillez—. Las cosas, como irás viendo, no son aquí como las que ocurren en tu mundo; pero, por el momento, ya hemos charlado bastante... Vamos a comer; eres mi invitado.

* * *

Los gritos que resonaron inesperadamente, cortaron bruscamente el ímpetu agresivo de los animales cuando la carga de los mamuts parecía evidentemente mortal.

El profesor seguía con su reflector enfocado sobre los gigantescos proboscidios y así pudo ver, como el resto de la expedición, aquellos objetos que atravesaban el espacio y que herían en los ojos, con una precisión matemática a los elefantes.

La agresividad de la manada cayó brutalmente a cero y aquellos que ocupaban una posición secundaria, detrás de los colosales machos que iban en vanguardia,huyeron vergonzosamente en cuanto sintieron silbar los extraños objetos que tan certeramente les herían.

Pero, cuando el reflector del sabio buscó, y encontró el origen de aquellos objetos, descubrieron a un grupo de «hipogeos» que luchaban denodadamente contra los mamuts, los gritos de horror que brotaron de la garganta de las dos muchachas hicieron comprender al profesor, tanto como la fantástica escena que se desarrollaba ante sus ojos, que hablan salido de un peligro para caer, sin ningún género de dudas, en otro seguramente más terrible.

Uno de los objetos que mantenía Dumont entre las manos.

Las tinieblas rodearon por completo a los expedicionarios y poco después, cuando media docena de luminosidades verdosas se hicieron visibles, ya que los «hipogeos» habían disparado contra los proboscidios desde una hondanada, de nada sirvieron los gritos y las carreras.

Largos brazos nervudos les fueron aprisionando y momentos más tarde, desarmados, se vieron arrastrados hacia la parte más alta de una especie de meseta subterránea, en una de cuyas complicadas cuevas fueron dejados.

Un objeto verdoso pendía del techo rocoso y gracias a él pudieron verse con cierta perfección.

René era el más nervioso de todos y nada más salieron los «hipogeos» de la gruta, imprecó al profesor, como si éste fuese el culpable de todo lo ocurrido.

— ¿Por qué mantuvo usted el reflector encendido? Fue eso lo que irritó a estos monstruosos salvajes y lo que va a causar, nuestra perdición.

El sabio no contestó; estaba demasiado preocupado para ello.

— ¿Es esto todo lo que tiene usted que decir? —insistió el otro.

Doris, que estaba sentada junto al sabio, le miró fijamente.
— ¡Nunca desprecié a nadie como a usted, René! Mi padre cometió su más grande error al confiar en un hombre tan cobarde, creyendo que sería capaz de proteger a su hija... Es casi seguro que jamás volvamos a la superficie; pero, por raro que parezca, será muchísimo mejor que esto ocurra.
René, por primera vez, mantuvo firme la mirada y con un tono de voz odioso:
— ¡Ya la he soportado a usted bastante, niña mimada! Si me desprecia, yo no siento hacia usted ninguna cosa que no sea odio... ¡Y le aseguro que, si alguien regresa a la superficie, nohay dudaque no será...!
— ¡Basta! —gritó el profesor, interrumpiendo la amenaza de René —, ¿Es que no es suficiente la tragedia que se cierne sobre nosotros para amargarnos aún más estos instantes?
Guardaron silencio yRené, con el entrecejofruncido, se acercó a Marne, que se hallabasolo enuno delos rincones de la gruta, como si aquello no fuese con él.
— ¿Tiene usted un cigarrillo, Blaise? —inquirió el secretario de Correman.
El otro le tendió el paquete y durante unos largos minutos permanecieron sin despegar los labios; luego, súbitamente:
— ¿Cuánto hubiese ganado de haber terminado bien esta expedición, Marne?
— Unos mil dólares... ¿Por qué?
René se limitó a dejar oír una risita breve.
— ¡Mil dólares! —exclamó despectivamente.
Y después de una pausa, mirando fijamente a Mame:
— Necesito un hombre como usted, Blaise.
— ¿Para qué?
— Para que gane diez millones de dólares.
Ahora fue el otro el que rió de buena gana.
— ¿Tan mal se ha puesto usted ya de la cabeza, señor? — inquirió con soma.
— ¡No diga estupideces! Nuestra situación es grave, pero no lo será tanto si nos decidimos a no seguir obedeciendo a ese viejo inútil, que no

ha sabido defendernos. ¿No se ha dado cuenta de que se pasa el tiempo admirándose de cuanto ve? Para él, aunque muera en esta aventura, lo que le interesa es que un día le levanten una estatua por haber descubierto que las entrañas de la Tierra estaban habitadas...

— Eso puede ser verdad, pero no cambia en nadanuestra situación.

— ¡No lo crea! Si tuviéramos armas, las cosas cambiarían mucho.

— Nos las han quitado, señor. Y no sería nada fácilvolverlas a recuperar.

— Eso es lo que ni usted ni yo sabemos aún.

— También es razonable lo que acaba de decir; pero, a pesar de recuperar las armas, ¿qué haríamos contra esos monstruos? Ellos parecen ver en la oscuridad y nosotros nos perderíamos irremisiblemente... ¿No es así?

— No.

Marne miró a René con un nuevo interés; luego, pacientemente, esperó a que el otro se explicase más claramente.

— Marne, ¿se ha fijado en el que llevaba dos cinturones?

—Sí.

— Ese debe ser el jefe, o el reyezuelo de estos salvajes. De la forma que lo tratan se deduce que su pérdida acabaría con el orden, la disciplina y hasta con la tribu.

— ¿Y qué?

— Que, si es posible, voy a hablar con él ahora mismo. Sé lo que me juego, pero creo poder engañarle.

— ¿Hablar con esa gente? ¡Pero si no conoce su lengua!

— ¿No les ha oído dirigirse al profesor en francés para incitarle a que anduviese más de prisa?

— ¡No es posible!

— Sí que lo es. Por eso Dumont está

profundamente preocupado. Los descubrimientos que acaba de hacer lo tienen medio idiotizado. Pero nosotros no somos científicos, sino hombres que desean convertirse en los seres más poderosos del mundo.

— ¿Cómo podemos hacerlo?

Marne se mostraba mucho menos escéptico que antes y sus ojos brillaban de interés.

— Voy a hablar con ese jefe. Si no vuelvo, peor para los dos...

— Me descubro ante usted, señor; comprendo ahora que no es usted un cobarde, ni mucho menos.

— No lo crea, Marne; lo que ocurre es que, cuando se trata de «geoncio», soy capaz de vender mi alma al mismísimo diablo.

— ¿Por qué tanto interés por ese metal?

— Porque solamente con él podré hundir para siempre al hombre que odio con toda la fuerza de mi corazón: a Correman.

Se alejó, haciendo lo posible para que los otros no se percatasen de su salida, Marne quedó profundamente pensativo, deseando, aunque René no le gustaba enabsoluto, que saliese victorioso, no por la ambición que podían haber despertado las locas promesas del secretario de Correman, sino por el ardiente deseo de volver a ver la luz del sol.

Una larga hora pasó y cuando un grupo de «hipogeos» penetró en la caverna, todos los humanos se estremecieron.

Sólo uno de ellos se adelantó hacia el grupo que formaban las dos muchachas y el sabio y, señalando a la polaca, ordenó:

— ¡Ven con nosotros!

Ina se echó a temblar y retrocedió, acercándose a Doris.

— ¿Para qué deseas que te acompañe? — inquirió el profesor.

— Eso no te importa; Mulva, nuestro jefe, desea verla.

De nada sirvieron las protestas del profesor; Ina, después de ser arrancada por la fuerza de los brazos de Doris, fue llevada fuera por los monstruos.

Cuando los «hipogeos» desaparecieron, Doris estalló en llanto y el profesor hizo cuanto pudo para calmarla:

— No le ocurrirá nada, señorita Correman; quizá sea simple y pura

curiosidad.

Ni el sabio ni la muchacha se habían dado cuenta de la larga ausencia de René.

Marne, por el contrario, botaba de impaciencia y de miedo; estaba más que seguro de que el alocado secretario había fracasado, aunque intentaba autoconvencerse de que saldría finalmente victorioso.

La espera fue horrorosa.

Cuándo, finalmente, le vio aparecer entre las tinieblas que la luz verdosa del cinturón pendido en el techo no lograba vencer por completo, lanzó un profundo suspiro de satisfacción.

— ¿Qué ha pasado? —inquirió ansiosamente.

La sonrisa que ornaba los labios de René fue más que elocuente:

— ¡Hemos vencido! He logrado engañar a esa bestia y, al mismo tiempo, empezar a vengarme de Correman.

Señaló al confuso grupo donde estaba el profesor y que tampoco era visible desde allí.

— Se han llevado a Doris, ¿verdad?

— ¿A Doris? No, a quien se han llevado es a la polaca.

— ¿A la doctora? ¡Imbéciles! No me han entendido bien.

— Pues... ¿qué ha pasado?

— Les logré convencer de que nosotros, los hombres de la superficie, conteníamos sustancias nocivas para ellos; por eso vinieron a por una de las mujeres...

— ¿Qué están haciendo con la doctora? —inquirió Mame con voz temblorosa.

—La están devorando —repuso René.

CAPÍTULO VII

Casi la totalidad de la tribu estaba sentada, sobre pieles, alrededor de la carne, monstruosamente grande, de un mamut cazado el día anterior.

—¿Cómo podéis comer la carne cruda? —inquirió Chandal dirigiéndose al jefe.

—Ya te he dicho antes que no hemos logrado descubrir el fuego. Además, los únicos vegetales que existen aquí son líquenes, como vosotros los llamáis; plantas que no necesitan para crecer la ayuda del sol, cuya existencia conocemos solamente por las explicaciones que nos dieron los hombres que capturamos cuando buscábamos la salida hacia el que habla sido nuestro mundo.

—¿No llegó nadie hasta allí?

La frente del jefe se frunció en un sinnúmero de arrugas.

—¡Aluk! —llamó con voz cavernosa—. ¡Ven aquí!

Un «hipogeo» de formas atléticas se acercó, acompañado de una hembra que lo traía del brazo.

—Este es mi hijo, Aluk; desde tiempos inmemoriales, cuando nuestros antepasados se vieron encerrados por los glaciares, hemos venido llamándonos como ellos. Yo soy Tarük, el descendiente de aquel que mandaba a los que cayeron en la horrorosa trampa de los hielos mientras cazaban mamuts.

Hizo una pausa:

—Este es mi hijo, Aluk. — Y dirigiéndose al «hipogeo»—: Tú fuiste el único que llegó hasta la superficie de la Tierra, hijo mío; cuenta a nuestro invitado lo que te sucedió.

Los labios temblorosos del «hipogeo» se movieron antes de que las primeras palabras brotasen de ellos:

—Yo conseguí encontrar un camino por el que los hombres de la superficie bajaban a buscar riquezas a las entrañas de la Tierra. Lo seguí, lleno

de esperanza, porque estaba seguro de que por él llegaría hasta arriba. Así sucedió... para mi desgracia. Justamente, había un recodo, no muy luminoso y salí afuera sin darme cuenta, encontrándome repentinamente en la superficie de la Tierra... ¡Todo era maravillosamente verde! Por desdicha, poco pude gozar de aquella deliciosa visión, porque, al levantar la vista al cielo, un globo de fuego me castigó, dejándome ciego para siempre... Desde entonces, maldigo la curiosidad que me empujó hacia allí y exhorto a los míos a la prudencia para que mi desgracia no se repita más. Por desdicha, el globo de fuego me ha castigado a mí y a los míos...

Se retiró acompañado por la mujer.

—¿Qué ha querido decir con esto último? —preguntó Chandal.

—Que todos sus hijos le han nacido ciegos...

Hubo un silencio profundo.

—La presencia de lo que vosotros llamáis «geoncio» salvó nuestra vista, aunque, a través del tiempo, nuestros ojos se agrandaron tremendamente para llegar a percibir perfectamente en la más completa oscuridad.

Somos, según vuestro lenguaje, «nictálopes», porque vemos en la oscuridad.

»En cuanto a la longitud de los brazos, también se modificaron lentamente, a través de los milenios, ya que desde el principio de nuestra existencia en las profundidades de la Tierra, caminábamos con los brazos extendidos para no tropezar con los obstáculos que entonces no veíamos... Así se fueron alargando y hoy nos son de gran utilidad para movemos velozmente entre las tinieblas.

—Comprendo; hacen el servicio de una especie de antenas —corroboró el joven.

Estaba profundamente emocionado y recordaba, sin cesar, al profesor, ya que hubiese deseado que asistiese a aquella maravillosa lección que los «hipogeos» le estaban dando.

« ¿Dónde estarán ahora?», se preguntó.

Pensaba también en Doris y la idea de no volver a verla más, le hirió profundamente.
Hasta entonces no se había atrevido a preguntar lo que aquellos seres pensaban hacer con él, pero, repentinamente, movido por algo que no pudo contener, lo preguntó a Tarük.

—No, no temas nada, amigo. Han pasado ya los tiempos en que nuestra curiosidad nos empujaba hacia arriba. Sabemos ahora que nuestro destino y el de nuestros hijos está aquí y que no debemos violar la vida que nos ha sido dada. El ejemplo de la desgracia sufrida por mi hijo Aluk no se separaba ni un solo instante de nuestras mentes.

—¿Quieres decir, Tarük, que me dejaréis ir?

—Sí. Te mostraremos un camino fácil y rápido para llegar a la superficie y te acompañaremos hasta donde podemos. Más allá, como acabas de oír a mi hijo, seextienden los dominios del Globo de Fuego, que no perdona a ningún «hipogeo» que se atreva a desafiarle con su presencia.

Chandal apenas escuchaba...
¡Volver al mundo! ¡Regresar a la maravilla de la verdadera vida!
Era demasiado fantástico para ser creído.
Entornó los ojos, y, como por ensalmo, empezaron a desfilar por su imaginación los paisajes más hermosos y sintió el deseo de la caricia estupenda del astro luminoso...
De repente, el encanto se hizo pedazos...
Una ráfaga de metralleta acababa de sonar a lo lejos y los «hipogeos», cogidos de una manera imprevista, se pusieron en pie de un salto.

—¿Qué es eso? —le preguntó Tarük después de hacer la misma pregunta a en su lengua a los suyos.

—Deben ser mis amigos.

—¿Más hombres en nuestro mundo?

—Sí. Habíamos proyectado una expedición para recorrer las entrañas de la Tierra; pero ignorábamos que estuviesen habitadas.

—¿Y qué significan esos ruidos?

— Son disparos de las armas que trajimos con nosotros.

— Tú no traías más que aparatos.

Chandal tragó saliva con dificultad.

— Deben estar luchando contra los mamuts —se atrevió a decir.

Pero el jefe de los «hipogeos» movió la cabeza negativamente.

— No, amigo mío; esos ruidos han venido de uno de nuestros poblados. Justamente del que está habitadopor mi hijo Aluk, sus mujeres y sus hijos ciegos...

Lenoir no pudo evitar un estremecimiento.

Pensó, sin poderlo evitar, en el alocado y estúpido René que, sin saber lo que se hacía, era capaz de provocar una verdadera catástrofe entre los habitantes de las profundidades.

Tarük envió un par de guerreros para que se enterasen de lo ocurrido y la espera fue para el joven Lenoir una especie de terrible agonía, cuya duración le pareció una eternidad...

Un revuelo creciente le hizo saber que los guerreros enviados por el jefe regresaban; pero cuando vio a otro «hipogeo», herido en uno de sus largos brazos y que sostenía una metralleta en el otro, cogido fuertemente por dos de los guerreros, le pareció que iba a desmayarse de un momento a otro.

Porque aquella metralleta no podía pertenecer más que a los desdichados miembros de la expedición, cuyo destino no era difícil adivinar.

Los «hipogeos» que traían al herido se pusieron a hablar vehementemente con el jefe, y durante un buen rato Chandal tuvo que limitarse a contener su impaciencia y a esperar que Tarük se dignase dirigirse a él.

Finalmente, cuando el jefe de los «hipogeos» volvió el rostro hacia Lenoir, éste adivinó en seguida que la cólera dominaba los sentimientos del habitante de las entrañas de la Tierra.

— ¡Me has mentido y yo te he llamado amigo! — rugió.

Chandal pensó que era mejor hacer frente a aquella situación, ya que si callaba, no harta más que aumentar la cólera de su interlocutor.

— ¡Yo no te he engañado, jefe!

— ¡Sí! Tus amigos han dado armas a los rebeldesque manda Mulva y éstos han asolado el poblado de mi hijo Aluk, matando a sus mujeres y a sus hijos.

Lenoir se estremeció; pero, reponiéndose inmediatamente:

— ¡Eso no puede ser verdad, Tarük! El hombre que manda la expedición es incapaz de hacer lo que dices. Sólo

uno de ellos ha podido traicionamos y enseñar a los rebeldes a manejar las armas.

— ¿Qué me importan vuestras asquerosas traiciones? Según me han dicho mis guerreros, Melva se prepara para atacarme y, con las poderosas armas que tu amigo le ha proporcionado, nos vencerá fácilmente...

Y, después de una corta pausa, con voz terrible:

— Pero tú no podrás verlo... Aluk, mi hijo, que ha perdido todo, va a devorarte vivo.

Se volvió hacia el horrible ciego:

— ¡Aluk!, cumple tu venganza.

El «hipogeo», con sus gigantescos brazos extendidos, avanzó inexorablemente hacia el joven.

* * *

Mulva lanzó una carcajada siniestra.

Sin poderlo evitar, René se estremeció de pies a cabeza. Hacia unos momentos solamente que el jefe rebelde le habla hecho llamar y desde que habla entrado en la gruta, el otro no hacía más que reír a carcajadas.

— ¡Venceremos a Tarük! Las armas que me has entregado son muy potentes y pronto demostraremos a ese ser estúpido que sólo Mulva puede ser el dueño absoluto del mundo de la Profundidad.

— No lo dudes. Ante nuestras armas, los hombresde ese Tarük caerán en racimos. Espero que cuando hayas conseguido la victoria cumplirás tu promesa.

El otro le miró severamente:

— ¡Mulva cumple siempre lo que promete! —gritó — . Tendrás tanto «geoncio» que necesitaremos veinte «hipogeos» para llevarlo hasta el pie del lugar por donde bajasteisUtilizaremos, para cargar, a las hembras de Tarük y los suyos.

Volvió a lanzar otra carcajada; luego, con los ojos brillantes:

— ¡Dentro de poco mandaré a buscar la otra mujer que hay en la cueva! ¿Sabes

que no me mentiste y que la carne de la otra era deliciosa?

René se sintió enfermo y dominó, milagrosamente, las náuseas que le hicieron estremecerse.

— Sí —contestó con un hilo de voz—. No te he mentido.

— Así me gusta. ¿Qué te parece que hagamos con el viejo?

— Lo que quieras.

— Lo mataremos y enviaremos el cadáver a Tarük. ¡Será un magnífico regalo!

Lanzó una estridente carcajada.

Luego, bostezando:

— Puedes irte, Ya mandaré en tu busca cuando te necesite.

René respiró profundamente al salir de la cueva, donde un «hipogeo» le esperaba para acompañarle a la que ocupaban los otros.

Se dejó caer, sin fuerzas, junto a Marne:

— ¡Qué horrible rato he pasado!

El otro guardó silencio; luego, con voz débil:

— No puedo olvidar lo de la doctora, por muchos esfuerzos que hago.

— ¡Cállate, imbécil! ¿No ves que desde que entré en la gruta de Mulva no he dejado de oler ese horrible hedor?

Marne se estremeció:

— No puedo —dijo—. Prefiero morir a tener que soportar todo esto. Me importan mucho las riquezas, pero no consentiré que se lleven a esa pobre joven si vienen por ella.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué te pones al lado de los otros?

— Sí. Me he convencido de que eres peor que los «hipogeos»; un monstruo repugnante que no puedo soportar ni un instante más.

Se alejó y se sentó al lado del profesor.

Fue Doris la que se dirigió, casi en seguida, a él, preguntándole:

— ¿Qué ha ocurrido, señor Mame?

— Prefiero no hablar de ello, señorita; ese hombre es un monstruo.

— Eso ya lo sabía yo... Vamos a morir todos. ¿No es eso?

El hombre asintió tristemente con la cabeza; luego, con voz sorda:

— Tiene usted razón, señorita Correman. Vamos a morir todos, pero si así ocurre, será por la culpa de un malvado... Sólo por él, por su sola culpa, nos vemos abocados a una suerte espeluznante...

Se puso en pie.

— Pero, ya que hemos de morir, lo haremos tranquilos, porque sabremos que él ha pagado sus culpas.

Y avanzó hacia René.

Desdichadamente, Mame se había expresado demasiado alto y cuando se precipitaba sobre Saulons, éste, muerto de miedo, corría ya velozmente hacia la salidade la cueva donde se tropezó con el «hipogeo» que estaba allí de guardia.

— ¡Llévame ante Mulva! —gritó con tono suplicante—. ¡Quieren matarme!

El Hombre del Subsuelo le miró con hondo desprecio; pero recordando que el jefe se interesaba por aquel miserable, le dejó pasar mientras sacaba un hacha de pedernal para hacer frente a Marne.

El proyectil partió a una velocidad vertiginosa.

Al chocar con la cabeza del desdichado, el cráneo saltó en pedazos mientras el «hipogeo», en la entrada de la gruta, lanzaba una carcajada estridente que hizo estremecer a la horrorizada Doris.

CAPÍTULO VIII

Los brazos de Aluk, el «hipogeo» ciego, se tendieron, en sus eternas tinieblas, tanteando el vacio en busca del cuello de Lenoir; éste, impelido por un terror paralizante, no llegó a moverse del lugar que ocupaba.

Pero en el último instante, cuando ya las manos se dirigían con certeza a su cuello, gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Si no me matas, Tarük, haré que venzas rotundamente a Mulva y a sus rebeldes!

— ¡Alto, hijo mío! —exclamó el jefe.

Y acercándose al aterrado Lenoir:

— ¿Quieres burlarte de mí, asqueroso gusano? No tenemos más que una de vuestras armas y está inutilizada.

— No necesitamos esas armas; Tarük; fabricaré otras más potentes, que destruirán, para siempre, a Melva y a los suyos...

Algo debió ver el jefe en el rostro del joven para inspirarle una inmediata confianza,

— ¡Ponte a trabajar en seguida! ¿Qué necesitas?

Chandal se acercó a uno de los rincones de la cueva, y tomando un trozo de tierra amarillenta, exclamó:

— ¡Eso es azufre! Solamente necesito cualquier mineral que contenga nitratos y por aquí debe abundar... ¡Vamos a buscarlo!

Media hora más tarde, después de enseñar a los «hipogeos» lo que necesitaba, dejó que trabajasen ellos en la rápida extracción de las materias mientras él empezaba a fabricar la primera granada, sirviéndose de medios primitivos pero que, con suerte, podrían ser tremendamente eficaces.

El descubrimiento, en una de las cuevas habitadas por las mujeres, de cacharros de barro crudo, le colmó de dicha.

Requisó automáticamente todos, de un regular tamaño y empezó a rellenar el más pequeño con mezcla que ya tenía preparada.

Tarük le observaba con creciente curiosidad.

— Vosotros —le dijo el joven—, sois grandes lanzadores de hachas de sílex y podréis lanzar igualmente estos cacharros a una gran distancia. ¿No es así?

— Sí; pero ¿para qué servirán esas frágiles armas que estás fabricando?

—¿Frágiles? Ahora lo comprobarás por ti mismo. Vamos fuera de las cuevas y llama a todos tus guerreros.

Instantes más tarde, la totalidad de los «hipogeos» estaba concentrada cara a la llanura tenebrosa que se extendía ante las cuevas.

—Toma esto y lánzalo lo más lejos posible. Fíjate que es el más pequeño de los cacharros que tenías. Así podrás hacerte una idea del poder de los grandes.

Tarük cogió el puchero de barro crudo y lo contempló con desprecio; luego, con uno de sus largos y potentes brazos lo lanzó lejos.

La explosión fue horrenda.

Los «hipogeos», que habían sido medio cegados porel resplandor que la explosión había producido, quedaron aterrados.

—¡Es como el globo de fuego! —exclamó admirado el jefe.

Y volviéndose a Chandal:

—No me has engañado, amigo, y eso me colma de felicidad. Con estas armas podremos vencer a los rebeldes. Ahora ya no pudo.

Se pusieron a trabajar activamente y horas más tarde poseían ya un excelente arsenal de las primitivas granadas que el joven había fabricado.

El nerviosismo cundía entre ellos.

—¿Qué les pasa? —inquirió Chandal, viendo su actividad.

—Desean ponerse en marcha inmediatamente. Quieren vengar la muerte de las mujeres y los hijos de Aluk, y ahora que se saben fuertes nada podría detenerles.

Lenoir sonrió satisfecho.

—Me alegraré sinceramente de vuestra victoria porque sois la parte que representa la sensatez y la buena fe.

Luego, repentinamente, mientras un doloroso recuerdo le lancinaba:

—¿Guardas aún al prisionero rebelde que cogiste, Tarük?

—Sí. Aún no lo hemos matado.

—Quisiera que le preguntases algunas cosas. Ya te he dicho que, excepto uno, los demás miembros de la expedición son mis amigos y personas

excelentes.
— Vamos.
Hablaron con el prisionero, en aquel endiablado lenguaje, durante largo tiempo. Chandal hubo de morderse los labios de impaciencia.
Luego Tarük se volvió hacia él y dijo:
— No son muy buenas las noticias que he de darte, amigo. Una de las mujeres ha sido devorada por losrebeldes.
Lenoir creyó que iba a desplomarse.
— ¡Dios mío! —exclamó.
Después, con un gesto amargo en la voz:
— No me habías dicho que comíais carne humana, Tarük; eso es sencillamente monstruoso.
— Y no lo hacemos jamás —repuso el jefe—. Mulva es un malvado y sabe que, salvo en rarísimas ocasiones, cuando deseamos hacer un castigo ejemplar, devoramos a nuestros enemigos...
Chandal se estremeció de horror.
Después de todo, la tragedia de aquellas pobres criaturas hacía comprensibles muchas cosas que, aparentemente, podían parecer horrorosas.
— Comprendo —dijo sordamente.
Luego, después de un corto silencio:
— Voy a ir con vosotros, Tarük; deseo luchar a vuestro lado e intentar salvar a los que hayan quedado con vida... así como castigar a uno que, se me antoja, sin saber exactamente por qué, es el culpable de todo.

* * *

Avanzaban...
Desde las colinas, iluminados solamente por la luz que emanaba de sus cinturones de «geoncio»...
Chandal estaba impresionado.
Aquellas huestes de hombres prehistóricos, dirigidas por Tarük, llevando por armas vasijas llenas de una mezcla explosiva, era algo que sobrepasa a cualquier fantasía.
En la negrura, las luciérnagas verdes de los cinturones dejaban divisar los monstruosos contornos de los cuerpos, los tentáculos de los brazos y, a veces, en una fracción de segundo, los redondos ojos en los que brillaba la salvaje luz del odio que, por desgracia, tampoco se había borrado definitivamente de las pupilas de los Hombres.

Seguramente por primera vez, los rebaños de mamuts huían asustados ante la inusitada presencia de las huestes de Tarük, ya que nunca se habían visto, por los negros valles o sobre las redondas y tenebrosas colinas, tamaño desfile de «hipogeos».

El fino olfato de los animales habla adivinado, por encima de los olores de los cuerpos de sus más odiados enemigos, el penetrante hedor de la muerte que acompañaba a aquella fantástica y fantasmagórica procesión de guerreros.

Ellos eran los únicos en poder ver hasta lejos, a través del corto horizonte de magrura que se limitaba para Chandal a algunos pasos de distancia.

Y si el joven avanzaba confiado, con una granada en la mano, era porque sabía que la penetrante mirada de los grandes ojos de sus amigos llegaba hasta los confines, como le hubiera ocurrido a él, de encontrarse en la superficie de la Tierra.

Iba tranquilo, con la serenidad que le proporcionaba la amargura que sentía al saber que no iba a encontrar nada que mereciese la pena de ser salvado, ya que la expedición debía de haber perecido por completo. Pero, ante la sola esperanza de poder hallar a René con vida, para arrancársela de cuajo, su espíritu vencíala tristeza que le dominaba y una furia nueva inflaba la sangre en sus venas.

Avanzaban...

La arena se estremecía bajo los pasos de los «hipogeos» y una especie de melódico canto de guerra iba, en un impresionante «in crescendo», adueñándose del poco silencio que quedaba.

Por fin, después de dos larguísimas horas de marcha, Tarük, que caminaba al lado del joven, se detuvo.

— Ya los veo —dijo en voz baja.

Chandal no podía ver más que negrura, densa negrura en derredor suyo.

— ¿Nos han visto? —inquirió.

— Si. Están en aquella colina y se preparan para atacarnos.

— Escucha, Tarük. Di a los suyos que se tiren al suelo y que avancen a gatas.

— ¿Estás loco? ¿Quieres que los rebeldes nos insulten y nos llamen mujeres?

— De nada servirán los insultos, Tarük. pero sus armas serán completamente ineficaces y así podremos lanzar las nuestras sin que apenas tengamos bajas.

Tarük se rascó la pelambrera.

— ¿Hacéis eso... en la superficie?

— ¡Claro que lo hacemos! Las balas son mucho más peligrosas que los insultos, Tarük.

—Voy a ordenar a mis hombres que obedezcan tus consejos.

Hubo, naturalmente, vivas protestas entre los «hipogeos»; pero la autoridad de Tarük no tardó en imponerse.

Como por ensalmo, en cuanto los «hipogeos» se lanzaron a tierra, los resplandores de sus cinturones, blanco fácil y seguro, desaparecieron.

—¿Te das cuenta, Tarük? —inquirió Lenoir con voz triunfante.

—¡Tienes razón, amigo! ¡Lástima que no puedas quedarte con nosotros!

—¡No, Tarük! Yo debo regresar a mi mundo y vosotros debéis quedaros en el vuestro. Tu hijo Aluk pagó caro el asomarse a la superficie. Los miembros de la expedición, mis amigos, también han pagado un alto precio por intentar violar el secreto que el destino guardaba aquí...

Las primeras ráfagas cortaron el diálogo. Los rebeldes disparaban a ciegas y gritaban graves insultos a sus enemigos.

Uno de ellos, no pudiendo soportar que le llamasen cobarde, se puso en pie, siendo inmediatamente segado por las balas.

—¿Te has dado cuenta, Tarük? Ordena que nadie se levante, oiga lo que oiga y que avancen lentamente hacia esa colina que tú ves.

Así se hizo.

Los rebeldes seguían gritando enfurecidos y disparando sin cesar, pero sus proyectiles se perdían en el vado.

De repente, cuando ya habían avanzado bastante, el oído experto de Chandal percibió el característico ruido de las armas al golpear los gatillos las recámaras vacías:

—¡Ya podemos levantarnos, Tarük! ¡Que corran hacia las colinas y que lancen los proyectiles!

La voz del jefe se hizo oír con una extraordinaria potencia.

Contentos de abandonar aquella humillante y cobarde postura, los hipogeos se lanzaron valientemente hacia delante y empezaron a enviar las granadas fabricadas por Lenoir.

La colina pareció arder.

Nunca habían visto los «hipogeos» una luz tan viva, ni un arma más potente y terrorífica. Y los rebeldes, horrorizados, lanzando gritos de pavor, intentaron huir de aquel infierno que les cegaba, les abrasaba y destrozaba sus monstruosos cuerpos, desplazándolos y enviándolos, en trozos, a gran altura.

La huida de los de Mulva fue vergonzosa.

Entretanto, Chandal no había perdido el tiempo.

Guiado por la potente luz de las explosiones, descubrió la entrada de la caverna y penetró por ella como una exhalación.

Iba dispuesto a todo.

No tenía esperanza alguna de encontrar con vida a Doris, pero deseaba vengarse de René, de cuya traición no dudaba un solo instante.

Las explosiones iluminaban la entrada y parte de la caverna y, así, cuando Lenoir hubo penetrado en ella, se tropezó repentinamente con un «hipogeo» que empuñaba una de las metralletas.

El monstruo se le quedó mirando.

—¿Quién eres? —preguntó utilizando, como de costumbre entre ellos, la lengua francesa que habían aprendido de los mineros raptados.

—¿y tú, quién eres?

—¡Soy Mulva! ¡El gran Mulva!

Y se puso a disparar.

Pero Lenoir, rápido como la luz, lanzó una de las dos grandes granadas que tenía en la mano, escondiéndose precipitadamente tras una barrera de roca que había junto a la entrada.

La explosión fue ensordecedora.

Luego, cuando el joven se irguió, aún ensordecido por la detonación, vio con sorpresa que Tarük penetraba, en aquel momento, en la gruta.

—¿Qué has hecho, amigo?

—He matado a Mulva. —Y señalando los restos sangrientos del «hipogeo» —: ¡Ahí tienes a tu enemigo, poderoso jefe!

—¡Nunca olvidaré esto, amigo!

Pero Chandal no le escuchaba.

Se precipitó por el dédalo de galerías y cuevas hasta llegar a una donde vio dos formas juntas, apoyadas en la pared, en la zona de penumbra que el cinturón de «geoncio» no llegaba a iluminar por completo.

Los reconoció en seguida:

—¡Doris! ¡Profesor!

Estaban tan amedrentados que hubo de explicarles, por dos veces consecutivas, lo que había ocurrido para que despertasen de aquella especie de profundo marasmo en el que se hallaban.

—Doris se abrazó a él.

—¡Qué feliz soy, Chandal! —exclamó.

El profesor lloraba mansamente.

—¡Gracias a Dios! Cuando empezamos a oír las explosiones, creímos que todo

terminaba para nosotros...

—¿Y René? —interrumpió el joven.

—No sabemos nada de él. Huyó hace tiempo. El ha sido el culpable de la horrible muerte de Ina.

—Ya lo sé. No te preocupes, querida; lo hallaremos vivo o muerto.

Tarük penetró en la cueva:

— ¿Has encontrado a tus amigos?

— Sí. Estos son, gran jefe. Pido para ellos la libertad que tan generosamente me has otorgado a mí.

— Puedes contar con ella, amigo. El hombre que ha matado a Mulva será eternamente amado por mi pueblo.

Y golpeándose fuertemente el pecho:

— ¡Hemos vencido! Los rebeldes han sido sometidos y...

Lenoir le interrumpió con un gesto:

— ¿Puedo pedirte algo, Tarük?

— Lo que quieras, amigo.

No permitas que los vencidos sean castigados de esa manera horrible que tú sabes. Perdónalos; serán tus más fieles servidores. Ellos no han tenido la culpa, que debe recaer por entero sobre Mulva, el ambicioso.

Tarük lanzó una carcajada estridente.

— ¡Me haces gracia, amigo! Pero, después de todo, es posible que tengas razón. Perdonaré a esos canallas, pero tendrán que trabajar para mí y para los míos el resto de sus vidas. Aquí no sometidos al ciclo vital del sol, llegamos fácilmente a los dos mil años. ¿Por qué no os quedáis vosotros?

— No, Tarük. Preferimos vivir un poquito bajo la luz del sol, que una eternidad aquí... Es posible que no lo entiendas, pero es así.

El «hipogeo» le miró; luego, con un tono de impresionante gravedad en la voz:

— No creas que no os envidiamos, amigo. Nuestro deseo hubiese sido que el viejo y valiente Tarük, aquel que conducía a su pueblo detrás de la caza, persiguiendo los mamuts, no hubiese sido arrollado por los hielos. ¡También nos hubiese gustado vivir a la luz del sol!

EPILOGO

Detrás de Tarük, Chandal, el profesor y Doris, doscientos «hipogeos», cargados de «geoncio», que habían envuelto en pieles untadas en la sustancia que habían descubierto para hacer nulos los peligros de la radiactividad, marchaban escalando el pedregoso camino que conducía a la superficie.

Lenoir había hecho lo imposible por convencer a Tarük de que no deseaba ni un solo gramo del mineral que lo había provocado todo; pero el jefe, agradecido por la poderosa ayuda que había recibido del joven, se negó rotundamente a dejarles irse con las manos vacías.

Chandal llevaba, en bandolera, la metralleta que había arrancado del mutilado cadáver de Mulva y que funcionaba aún. Tarük tampoco había deseado guardarla:

— No, amigo mío —había dicho—, no deseo que nadie se considere más potente que lo que siempre hemos sido. Lucharemos y cazaremos con las armas que heredamos de nuestros padres.

La caravana avanzaba lentamente.

El jefe de los «hipogeos» se había negado a acompañarlos hasta la zona donde pendían aún reflectores y cables, prefiriendo escoger el camino que su desdichado hijo había tomado, como un nuevo Prometeo, paraintentar robar la luz que el destino le había vedado terminantemente.

— Si alguna vez —dijo Tarük— deseáis volver junto a nosotros, seréis bien recibidos como verdaderos amigos. Tú, —añadió señalando al sabio— puedes venir cuando lo desees, si es que quieres que tu mundo conozca los misterios del mío.

— Lo haré con mucho gusto, Tarük —repuso el profesor.

Y volviéndose a su ayudante:

— Vendremos con cámaras cinematográficas y con todos los medios de investigación necesarios. Hemos descubierto aquí algo ciertamente extraordinario.

Lenoir iba a contestar, visiblemente entusiasmado por los proyectos de Dumont, cuando una viva presión en el brazo le hizo cambiar súbitamente de opinión.

— Lo lamento, profesor. Usted podrá encontrar otros ayudantes mucho más competentes que yo; a mí, francamente, me será imposible.

Mirando a Doris, el viejo hombre de ciencia sonrió.

— Lo comprendo, Chandal, lo

comprendo.

Fue entonces cuando Tarük, señalando a las tinieblas lejanas, lanzó un grito de aviso:

— ¡Mirad!

Hasta los pobres ojos de los humanos no llegaba más que una luminosidad verdosa, mucho más arriba, como si algo se moviese allá lejos, adonde sus pupilas no podían distinguir más que tinieblas.

— Es un hombre como vosotros —explicó Tarük—. Lleva una carga de «geoncio» sobre las espaldas. ¿Vino con vosotros? ¿Quién es que no le conozco?

Una exclamación triunfante brotó de los labios de Lenoir:

— ¡René!

Y separándose bruscamente de sus amigos, corrió hacia delante:

— ¡Esto es asunto mío! —gritó —, ¡Que nadie se inmiscuya!

Empuñaba la metralleta y se adelantó, velocísimamente, a riesgo de romperse la cabeza al caer por uno de los profundos abismos que bordeaban el camino.

Corrió velozmente.

Luego, cuando consideró que había llegado a la distancia conveniente, puso la rodilla en tierra y apuntando con cuidado...

¡Tac-tac-tac-tac-tac...!

La luminosidad verde permaneció inmóvil unos instantes.

Después, repentinamente, un grito atroz se repitió, en mil ecos, mientras un cuerpo se desplomaba en el vacio...

Chandal volvió junto a sus amigos.

Doris se abrazó a él con fuerza y la voz de Tarük rompió el emocionante silencio que se había hecho:

— Eres un valiente, amigo mío, amigo de los «hipogeos»...

* * *

La noticia de la muerte de Correman habla sido difundida por todos los grandes rotativos, por las estaciones de radio y por todas las cadenas de televisión.

Doris, mientras viajaba en compañía de Lenoir y el profesor rumbo a los Estados Unidos, no dejó de sollozar apoyada sobre el hombro del hombre que amaba.

Era un hombre extraño —dijo refiriéndose a su padre—, pero me amaba extraordinariamente.

El abogado de los Correman les entregó una carta que el finado había dejado para su hija y que había escrito antes de morir.

Con una cierta prevención, Doris se dispuso a leerla en voz alta:

— «Amadísima Doris: Estoy casi seguro

de que en estos momentos, mientras empiezas a leer mi última carta, tienes a tu lado a dos nombres: al profesor Dumont y al que vas a convertir en tu marido...

Se detuvo y miró fijamente a Chandal. Ambos esperaban oír el mismo odioso nombre.

—Sigue, querida, por favor...

—Y al que vas a convertir en tu marido; me refiero, naturalmente, al joven ayudante del profesor, al que he visto en seguida que era el que verdaderamente te convenía...

—¡Oh! —no pudo por menos de exclamar Doris.

—Sigue, amor mío.

»Yo mismo me divertía, locamente, cuando veía al imbécil de René rondar a tu alrededor. Pero, al mismo tiempo, sabía que ponderándotelo sin cesar, no hacía más que acrecentar tu disgusto hacia él.

»Hija mía: me hubiese gustado estrechar calurosamente las manos de esos dos hombres que tienes a tu lado; pero, de todas formas, he ahí mis disposiciones:

»De Lenoir no digo nada, pues al convertirse en tu marido, será el dueño absoluto de todo lo que poseo... incluso mi preciosa hija; respecto al profesor, comunícale que le dejo cien millones de dólares para que continúe sus trabajos y que todo el “geoncio” que consiga lo entregue a alguna entidad científica, por él controlada, PROHIBIENDOLE TERMINANTEMENTE A DICHA ENTIDAD QUE DESTINE UN SOLO MILIGRAMO A LA FABRICACION DE ARMAS...

FIN